



Revista de flamenco, Sociedad del Cante Grande, Algeciras, Nº 26. Noviembre de 2022.

XXX PALMA DE PLATA

Ciudad de Algeciras

Homenaje a
Tío Mollino
y José El Pañero



SUMARIO



CRÉDITOS

Fotos de portada:

Tío Mollino: José Luis Roca
José el Pañero: Pedro M. de Tena.

Redactor jefe:

José Vargas Quirós.

Diseño:

Dpto. de Imagen y Desarrollo,
Ayuntamiento de Algeciras.

Coordinadores:

Julio Valdenebro, Ramón Soler.

Fotografías, créditos:

Pie de fotos.

Redacción:

Sociedad del Cante Grande de Algeciras.
Avda. de la Caña, 37. 11203 Algeciras.

Edita:

Sociedad del Cante Grande.

NOTA: Al-Yazirat no comparte necesariamente los puntos de vista en las colaboraciones firmadas. Nuestro agradecimiento a cuantas personas han hecho posible con su colaboración la edición de este número.

| | |
|---|----|
| Saluda del Alcalde de Algeciras. | 3 |
| Saluda de la Tte. de Alcalde. <i>Delegada de Cultura y Patrimonio Histórico.</i> | 4 |
| Editorial. El flamenco es la vida. <i>Miguel Vega.</i> | 5 |
| Semblanzas de Tío Mollino. <i>Luis Soler Guevara.</i> | 6 |
| Voces autorizadas, gitanos de respeto. <i>Manuel Martín Martín.</i> | 9 |
| Tío Mollino y Tío José El Pañero. <i>Ramón Soler Díaz.</i> | 13 |
| Cante del Peñón. <i>Luis López Ruiz.</i> | 18 |
| Tío Mollino y El Pañero, la Algeciras gitana que se nos va. <i>José Manuel Serrano Valero.</i> | 22 |
| Algoritmos de lo jondo. <i>Estela Zatanía.</i> | 25 |
| La XXX Palma de Plata a título póstumo para El Tío Mollino y José El Pañero. <i>Antonio Nieto del Viso.</i> | 27 |
| Semblaza de José Lérída, El Pañero. <i>Irra Torres.</i> | 30 |
| Semblanza de Tío Mollino. <i>Irra Torres.</i> | 32 |
| Diálogo Flamenco. <i>Juan Antonio Palacios Escobar.</i> | 34 |
| La razón de ser de Tío Mollino y José el Pañero. <i>Carlos Martín Ballester.</i> | 37 |
| Los dos acunan, también matan. <i>Pedro Martín De Tena.</i> | 39 |
| Algeciras y los buenos paños del cante. <i>José María Castaño.</i> | 43 |
| Tío Mollino grabado en oro. <i>Mónica Bellido.</i> | 45 |
| El Mollino y El Pañero, en el cuarto de los cabales. <i>Juan José Téllez.</i> | 47 |
| Oro Molío. <i>Carlos Vargas.</i> | 52 |

Hijos de un mismo flamenco

José Ignacio Landaluce, Alcalde de Algeciras

Al alcanzar la simbólica, legendaria y eterna cifra de treinta ediciones de la Palma de Plata “Ciudad de Algeciras”, prestigioso galardón flamenco donde los haya, no puedo dejar de enorgullecerme de cada nuevo encuentro con ese flamenco puro que se premia en Algeciras, a cuya alianza musical, artística y humana, permanece su gente atada a tan ancestral arte, a tan hermoso rito.

Será por eso, que tres décadas después, en Palma de Plata, el flamenco sigue asentándose sobre la memoria y no el olvido en Algeciras, donde como hijos de un mismo flamenco, hoy habitan los recuerdos y su jonda pureza, antes que las enciclopedias, los nombres eternos de MANUEL ARROYO JIMÉNEZ “TÍO MOLLINO” y JOSÉ LÉRIDA CORTÉS “JOSÉ EL PAÑERO”, hijos de un mismo corazón, el de la ciudad que transitaron, cante arriba y cante abajo.

Y ese recuerdo que a la justicia flamenca invoca, en eternidad se torna, cuando las formas toma de la XXX PALMA DE PLATA “CIUDAD DE ALGECIRAS, cuyo compartido galardón conceden a título póstumo al “TIO MOLLINO” y JOSÉ LÉRIDA, engrandeciendo las voluntades y deseos de la Sociedad del Cante Grande y el Excmo. Ayuntamiento de Algeciras, en feliz comunión por causa noble, treinta veces ejercida, como necesidad, como premisa, como ritual de flamenco, cultura y sueño.

Por eso, es tan enriquecedor para Algeciras, ciudad flamenca y de flamencos, reconocer oficialmente a quienes han luchado y han vivido, con nuestro genuino arte a flor de piel, por encima de la vida, sus circunstancias y sus profesiones, galardonando a título póstumo, a dos voces y dos hombres que sin ser leyenda escrita, leyenda viva son, en la memoria de la calle y de la plaza, pero también del concurso, el vinilo y la justicia no escrita del flamenco, que sin esperarlos del todo, nunca se entendería sin ellos.

José Lérída Cortés, cantaor y comerciante de telas, y Manuel Arroyo Jiménez, tratante de ganado y cantaor, dejan, cada uno en su batalla y su afición, esperanzadora saga artística de Pañeros, poso flamenco eterno, y regusto a cantes viejos que reivindican la pureza y la dureza del Flamenco y de la vida, por la que “TIO MOLLINO” y JOSÉ “EL PAÑERO” pasaron haciendo camino, como memoria y justicia hacen la XXX PALMA DE PLATA CIUDAD DE ALGECIRAS y su prolongación gráfica, esta REVISTA DE FLAMENCO AL-YAZIRAT, con tan recordados hijos de un mismo Flamenco, en Algeciras.



Cuando la tierra es flamenco

Pilar Pintor, Tte. de Alcalde Delegada de Cultura y Patrimonio Histórico del Ayuntamiento de Algeciras

Y de nuevo, otro encuentro entre la tierra y el flamenco, otro encuentro donde alzar como bandera artística en el mundo, este flamenco que se hace eterno, en la ciudad de la guitarra más universal, que se reconoce y que se premia en Palma de Plata “Ciudad de Algeciras”, cuando la Sociedad del Cante Grande y el Ayuntamiento de Algeciras, unen fuerzas y voluntades para que tan prestigioso, histórico y deseado galardón, siga difundiendo los valores de este hermoso y necesario Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, con los nombres y sus hechos, esculpiendo su pureza, ayer y hoy.

Porque cuando la tierra es flamenco, y en flamenco vive y sueña, hombres la habitan que engrandecen el propio flamenco y sus manifestaciones, como MANUEL ARROYO JIMÉNEZ “TÍO MOLLINO” y JOSÉ LÉRIDA CORTÉS, “JOSÉ EL PAÑERO”, desde su afición y sus oficios, al servicio de tan noble arte, como norma y manual de vida, hasta que en ella permanecieron.

Y así, por justicia, por memoria y por flamenco, “TÍO MOLLINO” y “JOSÉ EL PAÑERO”, destinatarios son a título póstumo de la XXX PALMA DE PLATA CIUDAD DE ALGECIRAS” y con este reconocimiento, que a los cielos del flamenco llegará a la par, también se premia a todos los cantaores y cantaoras, que sin subirse a todos los escenarios que merecieron, nunca se bajaron de la calle, la plaza o el hogar que los esperaban siempre.

Por eso, con ellos y por ellos, esta REVISTA DE FLAMENCO AL-YAZIRAT, de culto y de prestigio, desde sus páginas, se vuelve ese escenario, ese estudio de grabación, donde palabra tras palabra e imagen tras imagen, de alguna forma, a sus cantes nos devuelven, y sus historias -que las del flamenco son- nos traen impresas, en literatura y vida, desde el cariño y sus recuerdos.

Así pues, con “TÍO MOLLINO” y “JOSÉ EL PAÑERO”, se abre esta puerta a la lectura y la emoción, por donde se sigue felizmente entrando en Algeciras, el flamenco, su cultura y su grandeza.

El flamenco es la vida

Miguel Vega

Desde esa convicción no escrita, de que el arte es vida y el flamenco su sustento, porque sin arte no hay, ni flamenco, ni vida, no es aventurado asegurar que pocos son los elegidos para transitar a diario y a partes iguales, con el flamenco como sustento –que no como profesión- y con la vida como oficio, temblando en su garganta. Gente maravillosa de una tierra de luz y de mar, sobreviviendo en blanco y negro, y a quienes el flamenco encendía sus vidas, las mismas que al flamenco le ofrecían, en hogar, plazuela, concurso, corazón y rito, portando el grito, el son y el eco, la belleza que endurece el cante, ancestral, puro, irrepetible y necesario, porque a veces, a palabra desgarrada, siguiiya valiente y noble soleá, para la eternidad flamenca, la fama no es el camino, cuando solo importan las veredas.

Y a eso de vivir como podía y de cantar cuando quería, se dedicaba TÍO MOLLINO, entre el trasiego del ganado, mercadeando tratos de feria en feria, o a cante fijo en el mercado de abastos, donde este gitano, algecireño de San Isidro, se buscaba la vida en sus entornos, a oficio no definido y trabajo duro, hasta que bastón en ristre –báculo que sostenía su flamenco viejo- su eternidad sonora y su cante de otra época, llenaban el Café Piñero o la Calle Munición, donde la guitarra joven de Andrés Rodríguez, hasta que tuvo que estar, estuvo, esperando acompañar sus cantes íntimos arcaicos, hermosos, contundentes. Suerte tiene el flamenco, de que su voz, como su vida, nunca se perdieran del todo, atrapadas en el vinilo y la memoria.

Y en eso de vivir estaba JOSÉ EL PAÑERO, cuando a los once años La Giralda lo mandó a Algeciras, a aprender que con la vara de medir el paño, también se miden el flamenco y la vida, la que le enseñó a trabajar para hacerse hombre y se ganó aficionados, que esperaban su arranque imprevisto de arte y bulería, de malagueña y de tango, ensartando el alma de cada escenario, ya fuese calle, colmao, cocina o tablao, desde aquella lejana historia, recordada en la lumbre. Eran otros años, eran otros tiempos y otros los viajes, cuando en Buenos Aires, le preguntó un guitarrista, ¿niño, tú sabes cantar? y aquel futuro mercader de las telas y el cante, me cuentan que quiso decirle.... Yo solo sé vivir, si canto.

Pero afortunadamente para ambos, que ante el flamenco y su gente, solo pudieron desaparecer físicamente, coetáneos de nuevo y para siempre quedan en la palabra escrita de esta REVISTA AL-YAZIRAT y en la forma esculpida de la XXX PALMA DE PLATA “CIUDAD DE ALGECIRAS”, donde JOSÉ LÉRIDA CORTÉS en saga y futuro, con MANUEL ARROYO JIMÉNEZ, en genio y estirpe, engrandecen con sus nombres el flamenco y la vida, entre la general admiración profesada a quienes como JOSÉ EL PAÑERO y TÍO MOLLINO, convirtieron su afición en arte más allá del arte, hasta llevarla donde el flamenco es mucho más que flamenco: allí donde la vida el flamenco necesita, para convivir, luchar y soñar, en belleza, dolor, risa, pena o rebeldía, desde el día que con ellos aprendimos que el flamenco es la vida.

Semblanzas de Tío Mollino

Luis Soler Guevara

Se había hecho la mañana, ya erguía orgullosa en el horizonte una inmensa bola de fuego, atrás quedaba la noche. Una noche hermosa para los recuerdos. Una luna presumida ocultaba su cara en un claro intento de coquetería.

Su garganta todavía permanecía caliente del penúltimo fandango. Sonreía muy felizmente y aún continuaban sin apagarse esos ecos. Su ingenua mente seguía estrujando rebosante de fantasía el juguete de su escaparate. Su castillo no era de arena, era tan veraz como esa noche, como ese paseo bajo las estrellas.

Su corazón latía más de prisa que de costumbre y por su memoria desfilaban épocas y personajes que ya nunca volverán, su caminar era lento. Dos manzanas más allá, quedaban los estudios de grabación. Salimos al paso a recogerle. Lo encontramos sentado de espaldas en la mesa de un populoso café y con mucho frío encima. Aún lucía el sol. Nos saludamos afectuosamente y él nos dejó ver un cierto aire de preocupación; era su primer disco y se sabía contento por ello.

Su mente acariciaba viejos recuerdos, pero esas oscuras golondrinas ya nunca volverán sosteniendo entre sus picos a Manueles y Tomases ni Corrucos ni Macandés.

Tío Mollino siente la imperiosa necesidad de abrir ese equipaje, sus ya temblorosas manos no consiguen recorrer el nudo que impide hurgar en ese tesoro. Tío Mollino no permanece ajeno a ese ayer, quiere absorber, extraer sustancias

de esa lejana noche. El silencio guardián celoso del pensamiento humano, le invita a viajar en el túnel del tiempo. Se le escapó un leve suspiro, ninguno reparamos en ello, excepto el guitarrista, viejo conocedor de nuestro Mollino y hombre con mucho oficio en estos menesteres.

Habíamos llegado a la puerta del edificio, los estudios de grabación quedaban en una décima planta. Tío Mollino se niega, en redondo, a utilizar el ascensor argumentando que no era la primera vez que se había quedado encerrado en ese cuarto. El guitarrista se ofreció gentilmente en acompañarle, lo que agradecemos cortésmente.

Tío Mollino tiene 76 años; para disuadirle en su empeño, no fueron suficientes casi doscientos peldaños. Llegó algo cansado, quizás menos que el guitarrista al que casi doblaba en edad.

Sabíamos que en aquel lugar, y a esa hora, el intentar volcar todo el arte que Tío Mollino tiene era un tremendo disparate. Las paradojas de la vida, tantos años esperando este momento, y ahora, sin más preámbulos, había que hacerlo. El tiempo, el más injusto de los tiranos, una vez más imponía su ley. Un cuarto técnicamente bien condicionado pero poco apto, lógicamente, para ejercer este arte tan nuestro no era el escenario adecuado. Él sabía y asumía que en ese cuarto tendría que volcar, como fuese, toda lo solera de su sentir gitano, que tendría que combatir esa frialdad, que no podía defraudar, ni defraudarse. Confesamos nuestro miedo que era muy superior al suyo, pero al propio tiempo, teníamos también una confianza ciega en él.



Tío Mollino (foto Internet)

La guitarra dejó oír las primeras notas. Tío Mollino busca el temple. Con valentía y coraje vierte sus primeros melismas. Él desea y siente llegar el reencuentro consigo mismo. Sus lamentos se hacen cada vez más densos, de nuevo acude a otro envite. Ahora sí descorre el nudo de ese viejo equipaje, se desfoga, sus venas se hinchan al aire, su sangre adquiere el calor de un volcán. De pronto siente la urgencia de desprender el fuego que abraza su garganta, como aquella noche. Su voz estalla cuan ráfaga sonora: fandangos, soleares y bulerías se derraman con violencia sobre nuestros oídos. Aquello fue un impacto impresionante que nos llenó de estupor, Tío Mollino 76 años, diez minutos antes subía andando casi doscientos peldaños.

Tío Mollino se siente dueño y señor de ese pequeño espacio de apenas diez metros cuadrados. Parecía como si tuviera con él a los cabales, sin embargo, aparte de Andrés, el guitarrista, su compañía no era otra que los micrófonos, los monitores y dos sillas, pero, Tío Mollino no se percataba de eso. Tío Mollino sube al cenit expresivo cuando acomete con la toná, *“Hasta el olivarito del valle”*, cuando arremete con la siguiiriya *“Que me estoy quemando”*, *“La comía que como”*, *“San Antonio bendito”*. Hasta siete siguiiriyas sin repetir una sola letra y sin darse el más leve descanso.

Tío Mollino gradualmente ha sabido transitar y transmitir esos ecos milenarios. Ha vencido una vez más en esa dura pelea consigo mismo. Ahora si han vueltos las oscuras golondrinas, y los espíritus de Manuel Torre, de Tío Agujeta, revolotean en ese cuarto. Junto a él se dan cita las escuelas buleaeras de Cádiz, Jerez y Los Puertos. También se da cita el recuerdo de un hombre al que la muerte se llevó sin ofrecer resistencia, el Bizco Amate, y cómo no, los más grandes artistas en su cante por siguiiriya, Joaquín La Cherna, Francisco La Perla, etc. En su cante por soleá, alimenta evocaciones de Enrique El Mellizo, Frijones y cien flamencos más. Todos ellos grandes artistas, y también casi todos ellos, por una causa o por otra, familia de nuestro Manuel Arroyo Jiménez, Tío Mollino.

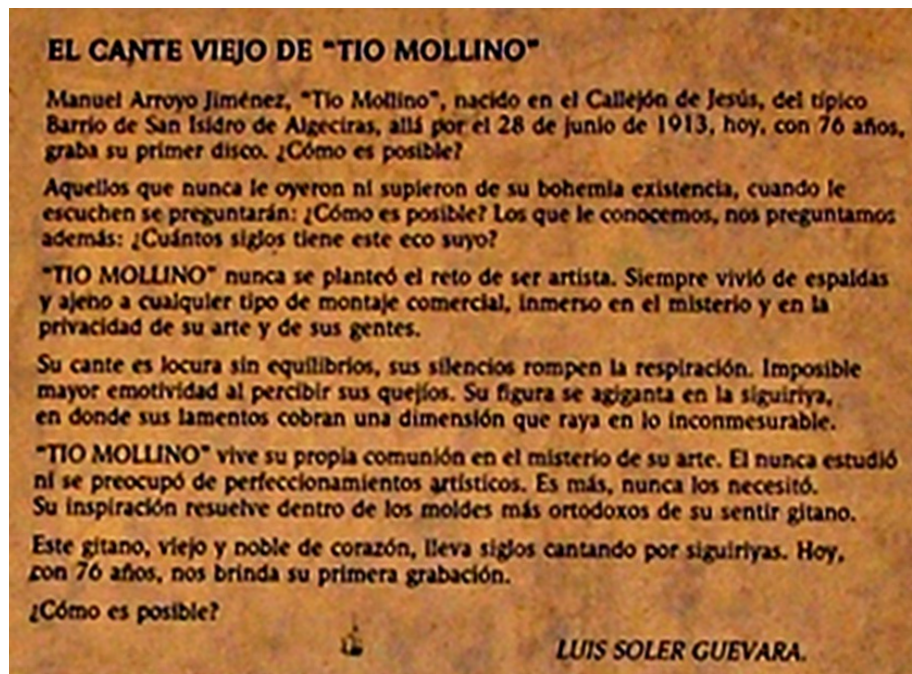
Esa tarde-noche, cuando ya moría el octubre de mil novecientos ochenta y nueve, el ruido trepidante de una excavadora no hubiese podido acallar el lamento de la voz ancestralmente gitana de Tío Mollino. Él cuando canta a gusto hace copartícipe al aficionado de ese arte suyo. Le genera anímicamente una situación límite que puede romper hasta la respiración con un solo *quejío jondo*. Su eco es estremecedor, su lamento cobra una dimensión que raya en lo inconmensurable. Su manera, de decir el cante, su expresión conmueve y trastorna. Su cante es *arrancao*, a ráfagas,

con sacudidas que duelen hasta lastimar. Su siguiiya es locura sin equilibrio y sus soníos *negros* producen catarsis. Su fandango es de empuje y rebosa de quiebras melódicos. Su bulería es enardecedora. En su forma más majestuosa eleva la soleá hasta las más altas cumbres del cante gitano-andaluz. Su grito en la toná causa pavor y dolor, en los tangos recoge y saborea lo más dulce riqueza de su Baja Andalucía.

Posee un extraño sentido autónomo del compás, descomponiendo y recomponiendo hasta lo imprevisible el ritmo y la medida en el cante. Se desgarran en melismas recorriendo, a su manera, toda la escala musical. Su cante se nutre de ricos matices melódicos. Es exasperadamente dulce y desesperadamente amargo y arcaico: decididamente milenario.

Alguien y no recordamos donde, dijo alguna vez que arte y dinero sostienen una riña sin tregua y tan insalvable como insoluble. De esa confrontación Tío Mollino, al igual que otros muchos, ha salido perjudicado. “Mi cante no está pagao con ná”. No fueron pocos los que aún con cierta vanidad, pero también con orgullo y dignidad, lucieron suya esa frase de quizás con algún que otro siglo.

Tío Mollino ha cantado, canta y seguirá cantando para cuatro amigos. Para aquellos que, él sabe, dan valor y dimensión a su arte. Él no fue un hombre al que la suerte sonrió, si es que ésta es producto de éxitos y pesetas, si es que ésta es cociente y balance del egoísmo humano. Su suerte tiene otra dimensión, la de su rostro milenario rebosante de bondad, la vieja herencia de sus ancestros ¿Cuántos pueden ofrecer un saldo tan impresionante y conmovedor?



Tío Mollino. Contraportada del disco.

Tío Mollino quizás dejó pasar muchos años. Se apeó de muchos trenes en marcha, nunca se planteó eso de ser artista. Para él “eso era *demasiaio*, *artistas han sío*, *Manuel Torre*, *Tomás*, *Pastora*, *Vallejo*, *Terremoto Mairena*, *Caracol*”. Pero pese a esta opinión, la suya, la siguiiya de Tío Mollino está a la altura de esos grandes monstruos del cante. Todavía, y muy a pesar de sus 76 años, su voz suena como un cañón.

Tío Mollino es heredero legítimo de los primeros gitanos asentados en la Baja Andalucía, conserva los rasgos esenciales de autenticidad de aquellos legendarios músicos emigrados de la región del Punjab. Tío Mollino pertenece a nuestro patrimonio cultural gitano-andaluz. Sus antepasados se cuentan en decenas de generaciones en este suelo algecireño del sur de Andalucía.

Bajamos de los estudios. Tío Mollino ha grabado su primer disco ¿Por qué hemos tardado tantos siglos en darnos cuenta?

Conjuntamente con José L. Vargas Quirós. Publicado en el número 2 de la revista Almoraima. Campo de Gibraltar, noviembre de 1989.

Voces autorizadas, gitanos de respeto

Manuel Martín Martín



José con Elena y José de Pura en Los Gitanillos en Diciembre 2017 (foto Pedro de Tena)

Cuando voy a cubrir un espectáculo para el diario EL MUNDO, en el que soy el responsable de la crítica, puedo cerrar los ojos a la realidad pero jamás a los recuerdos. No seríamos nada sin nuestros recuerdos. Nuestras vivencias son lo que somos y las que nos hacen emitir juicios de valor sobre un estado emocional que, a la postre, es quien desencadena nuestra opinión y el que determina la valoración del hecho flamenco.

Saco esto a colación porque el que la Palma de Plata vaya destinada este año a la memoria de Tío Mollino y José el Pañero, me incita

a mencionar al Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, cuando en el primer volumen de su obra autobiográfica, ‘Vivir para contarla’, sentencia: “La vida no es la que uno vivió, sino la que recuerda”.

Y son precisamente las emociones vividas los elementos primordiales de mis recuerdos, asociados, en este caso, a Tío Mollino y José el Pañero pero vinculados siempre a Algeciras, el territorio que nunca puso fronteras a los foráneos y que, como testigo presencial, desde hace ya casi ocho lustros viene conformando el mapa donde se puede

construir el edificio de lo muy jondo sin planos.

En esta Algeciras donde mi memoria posa ahora sus ojos desde el teclado, surge la inmensidad del agradecimiento. Gratitud que hago a ambos homenajeados porque no sólo fueron excelentes conductores del conocimiento, sino grandes fuentes de iluminación para beneficio de quienes escuchamos sus cantes y su erudición gitana, con lo que nos damos por contentos por ser favorecedores de quienes podríamos llamar, junto a otros muchos, constructores del deslumbrante futuro que hoy disfruta Algeciras.

No importa, en tal sentido, la altura que hayan alcanzado en el terreno profesional porque el Cante, cuando es cabal y transmisor, no admite pequeñeces ni gigantismos. En ellos las luces son más poderosas que las sombras, porque los dos fueron grandes fuentes de sabiduría. Conocieron la capacidad de sus predecesores y la trataron en consecuencia, a fin de servir de luz en la vida de las generaciones subsiguientes.

De esto se colige que dejaran huellas permanentes. Pero a este respecto, si el saber se define como creencia de lo justificadamente cierto, también ellos nos vacunaron para prevenir la enfermedad del confusionismo, y en el caso de El Pañero, incluso le inculcó a sus hijos, Perico y José, estar en un constante aprendizaje.

Analizados por separados, la Palma de Plata a Tío Mollino viene a coincidir con el medio siglo de cuando ganó el I Concurso de Flamenco que organizó la Sociedad del Cante Grande, el 17 de marzo de 1972 en el Teatro Florida. Años después, cuando establecimos una relación afectiva, llegué a la conclusión de que era un personaje de una gran humildad intelectual. Me apoyé en su sincero regocijo cantaor desde que me lo presentara su yerno, Romerito de Algeciras, aunque fue Tío Evaristo quien primero reclamó mi atención sobre su discurso expresivo.

Esa admiración hizo que, personalmente, asumiera un riesgo inesperado. Fue el 5 de diciembre de 1989, cuando la recién creada Fundación José Luis Cano, con la Sociedad del Cante Grande, le organizaron un homenaje en el Teatro Municipal Florida. Aquel día cayó el diluvio universal. Desde Écija, la fuerza descomunal del agua avanzaba bronca y constante a modo de ríos en busca de su destino final, Algeciras. Y allí me presenté a rendir mis particulares honores a un admirado algecireño, descendiente del legendario Manuel Torre, mentor de Camarón de la Isla y conservador en toda su puridad de estilos de mi gusto.

Tío Mollino contaba por entonces 76 años de edad. Y aquella noche del aguacero había que estar con Manuel Jiménez Arroyo, que era su nombre de pila. Tenía que agradecerle que dirigiera los imanes de la brújula de mis inquietudes, las enseñanzas de sus antecesores, El Majareta y Macandé, y por supuesto arroparlo en la presentación del trabajo discográfico ‘Tío Mollino’, grabación que, coordinada por mis hermanos Pepe Vargas y Luis Soler, aquella misma noche se presentó. El álbum fue patrocinado por la Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar y editado por Rama Récorde, y lo grabó con el amigo y buen guitarrista Andrés Rodríguez en los Estudios Quirell, albergando seguiriyas de Joaquín La Cherna, Francisco la Perla y Viejo de la Isla, bulerías con evocaciones a El Chalo y El Gloria, fandangos del Gordito de Triana con inclinaciones a Macandé, soleares de la Serneta, Frijones y Juaniquín, y martinets.

Pero en el museo de los recuerdos sonoros retengo la última vez que le oí cantar. Ocurrió tres años antes de su muerte, el 26 de noviembre de 1993 en el Centro Cultural La Escuela, y en los previos al homenaje que la Sociedad del Cante Grande le rindió a las ilustrísimas Fernanda y Bernarda de Utrera. Aquella noche llené la memoria de un concepto que lo hablé en multitud de ocasiones con Tío Evaristo y que aún hoy día conservo de Tío Mollino: Su ejecución no era bonita, sino enjundiosa,

y estaba más cerca de la inspiración que de la norma fría e irracional, de la incoherencia expresiva que de la elegancia melódica.

El otro homenajeados es, igualmente, un gitano de señorío en cuyo rostro quedaron marcadas palabras de vida que significaron momentos cabalísticos. Me refiero al siempre admirado José Lérda, ceutí de nacimiento aunque algecireño desde los once años de edad. Fue coetáneo de Manuel el Flecha, el hijo de El Flecha de Cádiz, pues ambos nacieron en 1942, y si la cortesía es el más exquisito perfume de la vida, José tuvo por estandarte la nobleza en sus pensamientos y en sus acciones.

Biznieto del Monono, nieto por línea materna del Tío Bartolera y patriarca de los hoy artistas Pedro y José el Pañero, marchó con sus padres, José y María, a muy temprana edad a Sevilla, concretamente a la Plaza de San Román, la que tantos años acogió a Ntro. Padre Señor de la Salud, el Señor de los Gitanos, de donde pasarían a Algeciras, plasmando en sus ambientes flamencos el lienzo de las espátulas de sus cantes, lo que explica que dejara en sus contadas intervenciones la máxima de los cantaos con fondo de la época: primero soñaba sus cantes y luego pintaba, cantando, sus sueños.

Retenía en el zurrón de los recuerdos su primer premio en el Concurso de San Roque en 1962, y pocos días después se desplazó para participar en el de Jerez, donde se dieron a conocer Los Chiquitos de Algeciras, Paco y Pepe de Lucía, pero un menosprecio organizativo le hizo coger un autobús y regresar de nuevo a Algeciras, por más que Anselmo González Climent, manifestara que “José Lérda fue el triunfador por unanimidad. Excelente solearero. Valiente con medida, buen compañero, conocedor de las variantes más exigibles en ámbitos como

los de Córdoba y Jerez. Es un muchacho... que se ha anexionado facultades primarias; voz viril, coraje y ascético sentido del compás. Si persiste en esta orientación alcanzará en poco tiempo ciertos puntos de sazón que aún están a falta en su personalidad. Su único error fue cantar tangos malagueños tomando como referencia la versión cansina e irresoluta de Antonio Mairena”.

Dos años después, y según le relató a Luis Soler Guevara, con motivo de la boda de una prima suya en Argentina, alternó con Curro Terremoto y Esteban de Sanlúcar, con el que llegaría a grabar un disco que recoge seguiriyas, soleares y bulerías por soleá, tres tipologías que dominaba con destreza pero que no quedaron a la altura de sus exigencias, a más de no impresionar los martinets, dado que estuvo emparentado por línea paterna con los Caganchos, o los tangos de Rafael el Tuerto en las variantes de Triana y Cádiz, como puso de manifiesto estos últimos en el homenaje que la Sociedad del Cante Grande le dedicó en 1972 al maestro trianero pero algecireño de adopción, dos años antes de su muerte.

Aunque su cante quedó a partir de entonces para la privacidad, he de subrayar que, pese a ello, únicamente los buenos maestros dejan buena impresión sobre sus alumnos. Y José Lérda, del que el próximo mes de diciembre se cumplirá un año de su adiós, pervive en nuestra memoria por su amistad, por su queja estremecedora y por volcar en sus cantes lo más entrañable de sus recuerdos fecundos.

Llevaba tres días ingresado en el Hospital por la COVID-19 y tenía insuficiencia renal e hipertenso, pero el recuerdo de su lenguaje expresivo es imperturbable ante quien delataba la gitanería de un cantaor que acariciaba lo



Tío Mollino con Andrés Rodríguez. Semblanza (foto José Luis Roca)

jondo como por instinto, como si tuviera un duende entre las cuerdas de la garganta, aparte de que en la intimidad era preciso, ardiente y de una apabullante personalidad.

Recuerdo de José que escuchando cantar a los demás se abstraía del entorno y reducía todos sus sentidos no tanto a la noción de descubrir errores cuanto a descubrirnos un vocabulario para las respuestas que los demás no teníamos, con lo que de su conocimiento de cabal aficionado no esperábamos la respuesta a que acostumbran los que oyen sin escuchar, sino la especificidad de la respuesta, es decir, no un juicio crítico sin argumentario, una práctica. Y la lograba a veces con la simple mirada del sabedor profundo, clavando los ojos en los nuestros como diciendo ese es el origen, pero no el destino.

A modo de conclusión final, mi felicitación a la Sociedad del Cante Grande por este homenaje que no se hace al pasado, sino al presente, en el sentido de que, al menos para quien firma, el presente es la suma de lo vivido en el pasado. Enhorabuena, mismamente, a Carlos Vargas y a su Junta Directiva, a la producción de José Luis Lara y al Ayuntamiento de Algeciras porque tanto José Lérida como Tío Mollino dejaron en quienes les conocimos el arma más poderosa para obtener la victoria en el cante: saber escuchar. Y si en estos tiempos convulsos los reconocimientos a quienes nos precedieron suelen desvanecerse en la incomprensión, esta Palma de Plata salda una deuda con dos voces autorizadas, dos gitanos de respeto que dejaron las esperanzas de sus cantes en nuestro destino.

Tío Mollino y Tío José El Pañero

Ramón Soler Díaz



Mollino y Andrés Rodríguez en Teatro Florida 5 diciembre 1989 (foto R. Soler)

Las zonas gaditanas que tradicionalmente han sido objeto de atención de estudiosos y aficionados al flamenco han sido Cádiz y los Puertos y Jerez de la Frontera. Pese a que la nómina de flamencos del Campo de Gibraltar –así se llamaba el libro fundamental que escribió mi tío Luis Soler– es extensísima no ha gozado de una consideración acorde con su peso específico. No hay que olvidar que en la historia del flamenco han quedado personalidades de la talla de –y cito solo una mínima parte de los ya desaparecidos– Antonio el Chaqueta, Corruco de Algeciras, Ramón de Algeciras, Antonio el Rubio, Chato Méndez, Antonio y Roque Jarrito, Flores el Gaditano, Chaquetón, Canela de San

Roque y Chiquetete, con capítulo especial para el genio estratosférico de Paco de Lucía.

Parece claro que el paisaje humano es determinante en la formación flamenca de quienes tienen cualidades para ello. Eso no es óbice para que un Sabicas viera la luz en Pamplona, pero no es menos cierto que si llega a nacer y criarse en una zona de tradición flamenca habría tenido más facilidades. Son las que tuvieron Tío Mollino y Tío José el Pañero, dos hombres que apenas necesitaron salir de casa o del barrio para ser cantaores.

Tuve la suerte de conocer y escuchar a Manuel

Arroyo Jiménez, Tío Mollino, a finales de los 80, a raíz de la preparación del único disco que grabó, a los 76 años, con la guitarra del malogrado Andrés Rodríguez, tocaor fundamental para el desarrollo del flamenco en la comarca en los años 80 y 90. Manuel era de trato afable, educado y poco hablador, un hombre apegado a su tierra que formaba parte del paisaje de su Algeciras natal. Por eso a veces los aficionados del Campo de Gibraltar tienen la sensación de que la figura añeja de Tío Mollino va a aparecer de un momento a otro en cualquier lugar de la plaza Alta con su bastón y su sempiterna gorra. En las ocasiones en que hablé con él, cuando le mentaba a los grandes nombres del cante pronunciaba un escueto «Uhhh», una expresión de modestia con la que mostraba sincera admiración hacia los maestros del pasado. También recuerdo a la perfección una vez que le oí cantar por saetas haciéndose son con el bastón, no con el usual tambor. Tío Mollino cantaba con desgarró saetas, martinetes y fandangos; de forma airosa por soleá, como se hacía antiguamente; y bordaba los fandangos del Chato Méndez con ese dificultoso juego de altos y bajos. Pero sin duda donde sobresalía era en la siguiirya. No era un cantaor largo por ahí pero tenía lo más difícil: jondura y sello propio. El metal de voz de Mollino era muy gitano y arcaico, ideal para las siguiiryas. De especial relevancia era el modo en que ligaba por bajo los tercios del cante de Francisco la Perla. Afortunadamente lo dejó grabado en el disco que legó a la afición. Una de las letras con que lo interpretaba la decía así:

La comía que yo como
y el agua que bebo
a mí me sirve de regarga a mi cuerpo
de mi corazón.

Evidentemente ahí falla la rima, error en el que han incurrido algunos que aprendieron la copla de él. Además, la letra contiene una palabra

de uso muy poco frecuente de origen árabe, ‘rejalgar’, que es un tipo de mineral compuesto de arsénico y azufre. O sea, veneno. Tío Mollino seguramente se la escuchó a Antonio Mairena, que la grabó en su Gran Historia del Cante Gitano Andaluz (Columbia, 1966), por el mismo estilo y con la guitarra de Niño Ricardo, en un corte titulado «Siguiiryas de Cádiz y los Puertos: “Cuando no te veo”». Así la registró el maestro de los Alcores:

La comía que como
y el agua que bebo,
a mí me sirve de rejalgaíta
cuando no te veo.

Hace unos tres o cuatro años mi amigo y excelente investigador Rafael Chaves Arcos me cedió una grabación doméstica en la que Bernardo el de los Lobitos canta por siguiiryas con Paco del Gastor en una fiesta en Los Gabrieles (Madrid) durante las navidades de 1964 a 1965. Ahí interpreta esa misma letra aunque por otro estilo y es muy posible que Mairena la aprendiera del gran cantaor alcalaense (la grabación está disponible en YouTube).

Otra letra emblemática del repertorio siguiiriero de Tío Mollino era la siguiente, que también cantaba al estilo de Francisco la Perla:

San Antonio bendito
ramito de flores,
como una rosa que está descoloría
vuelve a sus colores.

Que yo sepa fue Tío Mollino quien primero grabó esta hermosa copla. Debía ser conocida en Algeciras pues Bartolera –nacido en 1882– la cantaba también. No la he encontrado escrita en ningún cancionero pero hallé este antecedente con métrica de seguidilla en el Cancionero



Mollino y los Soler en T. Florida 5-12-89 (foto archivo Ramón Soler)

popular de Lafuente y Alcántara (1865, tomo I, pág. 5):

San Antonio bendito
ramo de flores,
a las descoloridas
dales colores.

Tío Mollino no fue profesional del cante pues el sustento lo buscaba con el trato de caballerías. Aun así dejó una huella imborrable en el cante, unas formas que han servido de inspiración a artistas posteriores. Era uno de esos arroyitos puros que hacen más grande el hermoso río del cante. Afortunadamente los aficionados de la Sociedad del Cante Grande, que han tenido el acierto de concederle a título póstumo la Palma de Plata, pudieron grabarle un disco que es una verdadera joya y, a su vez, rendirle homenaje en vida en 1989. Así es como hay que hacer las cosas.

He citado antes a Bartolera, fragüero y cantaor no profesional cuyo nombre era Bartolomé Cortés Molina. Su hija María cantaba por siguiiryas de forma personal, cantes cortos y acompasados, muy distintos del modo demasiado lento y sobreactuado con que se suelen abordar hoy las siguiiryas. Ella fue la madre de José Lérica Cortés, Tío José el Pañero. De esas formas bebió nuestro querido amigo y maestro, el otro flamenco a quien rendimos un más que merecido homenaje.

El Pañero toma el apodo de su padre José, cantaor no profesional de Camas cuya familia materna estaba emparentaba con los célebres Cagancho de Triana. Digo esto sin ánimo de abrumar con datos genealógicos sino porque estos linajes determinaron las formas cantaores de José el Pañero.

Al matrimonio formado por José Lérica Cruz y



José el Pañero con El Mono de Jerez, Manuel Morao, Tía Puri y Terremoto (foto familia Lérída)

María Cortés Cortés circunstancialmente les vino al mundo su hijo José en Ceuta, el 11 de julio de 1942. Su infancia transcurrió en San Román, barrio sevillano de ensolada tradición taurina y flamenca, y a los 11 años marcha con sus padres a la que sería su tierra definitiva, Algeciras.

Con el bagaje musical de sus ancestros y lo que aprendió en distintas zonas de la Baja Andalucía José el Pañero construyó unos modos expresivos muy personales. Estaba imbuido de la sobriedad expresiva propia de la escuela gitana de Triana en su forma de cuadrar los cantes. Y es que José era un consumado maestro en una cosa bien difícil de llevar a cabo, y también difícil de describir, pero que el buen aficionado sabe distinguir: llevar los cantes a su sitio. Ese asunto es especialmente relevante en estilos como soleares, siguiiriyas y tientos, y casi me atrevería decir que en ese orden creciente de dificultad. Siempre escuché decir a los buenos aficionados del Campo de Gibraltar –de quienes tanto he aprendido y sigo aprendiendo– que el tiento es uno de los cantes más delicados que hay, cosa que suscribo. José el Pañero cantaba por

tientos como pocos, dándoles una medida justa, el tempo adecuado para no caer en lo cansino ni en lo festero, para imprimir de este modo una expresividad de alto voltaje. En ello, a su vez, tuvo un gran maestro, Rafael el Tuerto, y dos buenos discípulos, sus hijos José y Perico.

Como acabo de decir, José llevaba los cantes a su sitio, no cantaba de forma anárquica, por eso estaba muy en línea con la escuela de Antonio Mairena, aunque él tendía más a los cantes cortos por eso cuando Antonio alargaba ciertos cantes a él no le parecía bien. Juan Talega, Tomás y Pastora Pavón fueron también influencias importantes en su cante. De su madre María gustaba recordar la forma íntima y casera de cantar por siguiiriyas, al golpe y ligadas, alejada de todo efectismo cara a la galería.

Su baile por tangos y bulerías eran también muy trianeros, de una elegancia especial que acompañaba a su modo de andar por el mundo, siempre por derecho. Me contaba nuestro desaparecido amigo Alfonso Queipo de Llano que recordaba haber aparecido en los años 70 por



José con Elena, Anselmo Cruz y Antonio Moya. Fiesta en la Sociedad del Cante Grande Nov. 2012 (foto Foti)

Algeciras con Paco Valdepeñas y Anzonini para recoger al Pañero. Esos dos genios de la fiesta tenían a José en altísima consideración flamenca pese a la diferencia de edad.

Por otro lado había en el cante de José el Pañero una fuerte influencia de Jerez, ciudad de la que admiraba, entre los antiguos, a Manuel Torre y Juanito Mojama y, posteriores a ellos, a Tío Borrico, Agujetas y Moneo, con quienes cantó.

José era una persona seria y no le gustaban las tonterías ni la ojana. Escucharle cantar por soleá era un ritual para los que estábamos alrededor porque imponía respeto con su presencia y uno no tenía más remedio que decir: «Esto es cantar por derecho». Con José daba gusto mantener una conversación de flamenco pues había conocido mucho así que entraban ganas de sacar una

libreta y tomar apuntes. Recuerdo una ocasión en la sede de la Sociedad del Cante Grande en la que estuvimos hablando de los cantes por siguiiriyas de los Puertos, y salieron a colación los nombres de Perico Frascola, Félix el Potajón –a cuya familia trató en Sevilla–, el Nitri y otros más. Pasado el rato, al despedirse, me dijo muy serio mirándome de frente: «Me gusta hablar de cante contigo». Para mí fue un galardón que no olvidaré.

Afortunadamente la herencia que han dejado Tío Mollino y Tío José el Pañero ha sido y es valorada por la afición a los cantes de ley. La senda que ellos han marcado servirá de guía para crecer en este fascinante mundo de lo jondo. Otra vez hay que agradecer a la Sociedad del Cante Grande de Algeciras que nos desbroce el camino y nos lo haga más fácil a todos.

Cante del Peñón

Luis López Ruiz

Losquemássaben-yalgunosquesabenmenos, también – convienen todos en considerar que las cunas del cante están en Sevilla, en Triana, en Utrera, en Lebrija, en Jerez, en Cádiz y los Puertos, en Málaga («Málaga cantaora», que decía Manuel Machado)... No seré yo quien les contradiga porque es verdad. Pero hay también otras verdades que conviene igualmente decir. Cuando leí el trabajo de Luis Soler Guevara «Flamencos del Campo de Gibraltar» me quedé tan asombrado que apenas podía cerrar la boca. No podía sospechar que fuera una comarca cantaora de tal calibre. Nunca se había dicho en ningún sitio. Años más tarde, cuando entablé amistad con él y me dijo, sin la más mínima presunción, que él sabía distinguir más de 40 estilos de malagueñas, empecé a comprender cómo era y cómo había podido escribir tal trabajo. (Por cierto tocayo : me dicen que estás pachucho. Cúrate, amigo ¡te recesitamos!)

«Flamencos del Campo de Gibraltar» es una obra monumental que nos sirve, de paso, para descubrir la monumentalidad cantaora de la comarca. Analizándola, yo me voy a limitar a las figuas del cante prescindiendo de las del baile o la guitarra. Entre otras cosas porque hablar de guitarra en Algeciras da para una enciclopedia.

Voy a empezar citando a los Cantorales. Juan, algecireño de nacimiento y Manuel de adopción, venerables cantaores. los más

antiguos que conozco de la zona y, a partir de ahí sin criterio cronológico ni de ningún otro tipo, iré mencionando nombres según los vaya recordando: Rafael Pareja, Pansequito, Flores el Gaditano, Corruco de Algeciras, El Galleta, Antonio el Chaqueta, Chaquetón, Tomás el Chaqueta, El Chaleco (¡vaya sastrería!) El Flecha, Jarrito, Chiquetete, Canela de San Roque, su hijo José... ¿Hay quién dé más? Pues sí porque a toda esta gente de cante, de buen cante, tenemos que añadir los dos personajes que hoy nos ocupan : El Pañero y Tío Mollino.

El Pañero.

Cuando se habla de El Pañero cantaor, hay que tener cuidado y no confundirse. Podemos hablar de dos cantaores de nuestros días, los hermanos José y Périco Lérida López, hijos del Pañero que nos interesa. Y también podemos hablar de su padre, José Lérida Cruz, patriarca de la saga. Pero aquí vamos a hablar de José Lérida Cortés, a mi juicio, el más importante cantaor de la familia aunque hoy quizás sea más conocido su hijo Perico, sobre todo entre las generaciones más jóvenes.

José puede considerarse un cantaor algecireño total aunque tenga distintos antecedentes. Su madre era de aquí. De eso no hay duda pero toda la familia del padre eran gitanos trianeros, emparentados con los Cagancho. Quizás por negocios de tejidos, el padre



El Pañero y Tío Evaristo. Dos flamencos de los de antes. (foto Foti)

era bastante viajero y a José le cogió su nacimiento en Ceuta, en 1942. Después, por la misma razón de las telas, se instalaron en Sevilla donde José estuvo hasta los once años. Entonces se trasladaron a Algeciras y aquí se afincaron para siempre. Será difícil saber si estos vaivenes, pudieron influir en sus formas cantaoras, siendo él tan joven. Se sabe – eso seguro – que su ídolo y maestro fue Manuel Torre.

Su padre y él mismo traficaron siempre en el negocio de los paños, de donde les viene el sobrenombre. Manejando siempre buenas telas, tejió buen cante. Cante bien tejido y cantó «tela», mucho y bueno. Fue (nos dejó en 2021) lo que se decía antes un cantaor general o sea que cantó soleares, seguiriyas, tientos, tangos, alegrías, malagueñas, soleá por bulerías, cantiñas, fandangos, tonás y saetas e incluso a veces, imprimiéndoles un eco gitano y flamenquísimo, se adentró en el mundo de la copla andaluza. Como se ve, un cantaor generalísimo sin duda. Pero nunca quiso ser artista profesional. Nunca quiso grabar. Eso era bastardear el cante, según decía. Renegaba del espectáculo y de los escenarios. Cantaba para los amigos, típico cantaor de cuarto y de tabernas. Sin embargo, en un viaje que hizo a Argentina en 1964 – El Pañero siempre con sus paños auestas - y estando con Esteban de Sanlúcar, parece que éste le convenció para que grabada tres cantes, cantes que luego nunca quiso dar a conocer. Qué fue de ellos, lo ignoro.

Otra faceta artística que dominaba era el baile. Sólo en reuniones de amigos. Baile viril, estético, nada de pataitas atléticas ni de carreritas locas. Baile, no gimnasia. Es nomal que admirara a otros cantaores : a Manuel Torre – como ya se ha dicho -, a los Pavón, Mojama, El Borrico, Mairena o Rafael el Tuerto.



Manuel Arroyo Jiménez, Tío Mollino
(foto de Internet).

Lo que ya es menos normal es que, en su baile, fuera admirado y reverenciado por artistas del empaque y la solvencia de Ansonini o Paco Valdepeñas. Algunos no tienen suerte pero, al final, su gracia es reconocida por los que de verdad saben.

Tío Mollino.

Manuel Arroyo Jiménez nació en Algeciras, como no podía ser de otra forma. Fue en 1913. Tratante de ganado para ganarse la vida porque, como él decía, con el cante no he ganao na.

No es verdad – como se ha dicho a veces – que nunca cantó en público; no. Actuó en algunos espectáculos y ganó varios concursos pero sí es cierto que no le gustaba. Nunca se planteó el reto de ser artista. A mí, eso de ser artista me daba mucho mieo, que solía decir. Yo podría decir, haciendo un inciso, que lo que me daba miedo era oírlo cantar. Pero, en fin... También le daba miedo el viento. En 1952 fue a cantar a Tarifa, un día de esas levanteras típicas del lugar y aquello terminó como el rosario de la aurora. A partir de entonces, cuando le contrataban para ir a cantar a algún sitio, siempre ponía la misma condición: que no hubiera viento.

En 1989 y después de no pocas dificultades, consiguieron convencerlo para que grabara un disco. Y así se hizo, desgraciadamente el único que grabó. Lograrlo fue una epopeya. El estudio de grabación estaba en la 10ª planta del edificio y cuando le mostraron el ascensor, dijo que nones, que ahí no se montaba. Y con 76 años que tenía, subió a pie los doscientos y pico de peldaños que tenía la escalera, con la compañía Andrés Rodríguez, el guitarrista, que le hacía de guardia. Naturalmente, a la hora de cantar, no estaba en plenitud de condiciones. Pero cantó ¡y cómo!

De su cante se han dicho muchas cosas:

Cantaor de rajo, de eco, de quejío.

Cante arcaico y primitivo, que hiere.

Su cante no es de exhibición: él de por sí se exhibe en el cante.

Voz del siglo XIX que venía arañando con las aristas del calendario.

Llevaba siglos cantando por seguiriyas y el pueblo no lo sabía.

Cante arrancao.

Y ahí quería yo llegar. Con el cante del Tío Mollino me pasa lo mismo que con el de Manolito María, el de Tomás, el de Santiago Donday o el de Agujetas el Viejo, por ejemplo. El Tío Mollino no cantaba (se nos fue en 1996): tenía el cante dentro. Pero no en los pulmones ni en el corazón sino en las tripas. y a veces, queriendo o sin querer, le explotaba y le salía. A borbotones espeluznantes. No cantaba, no: el cante le salía por necesidad.

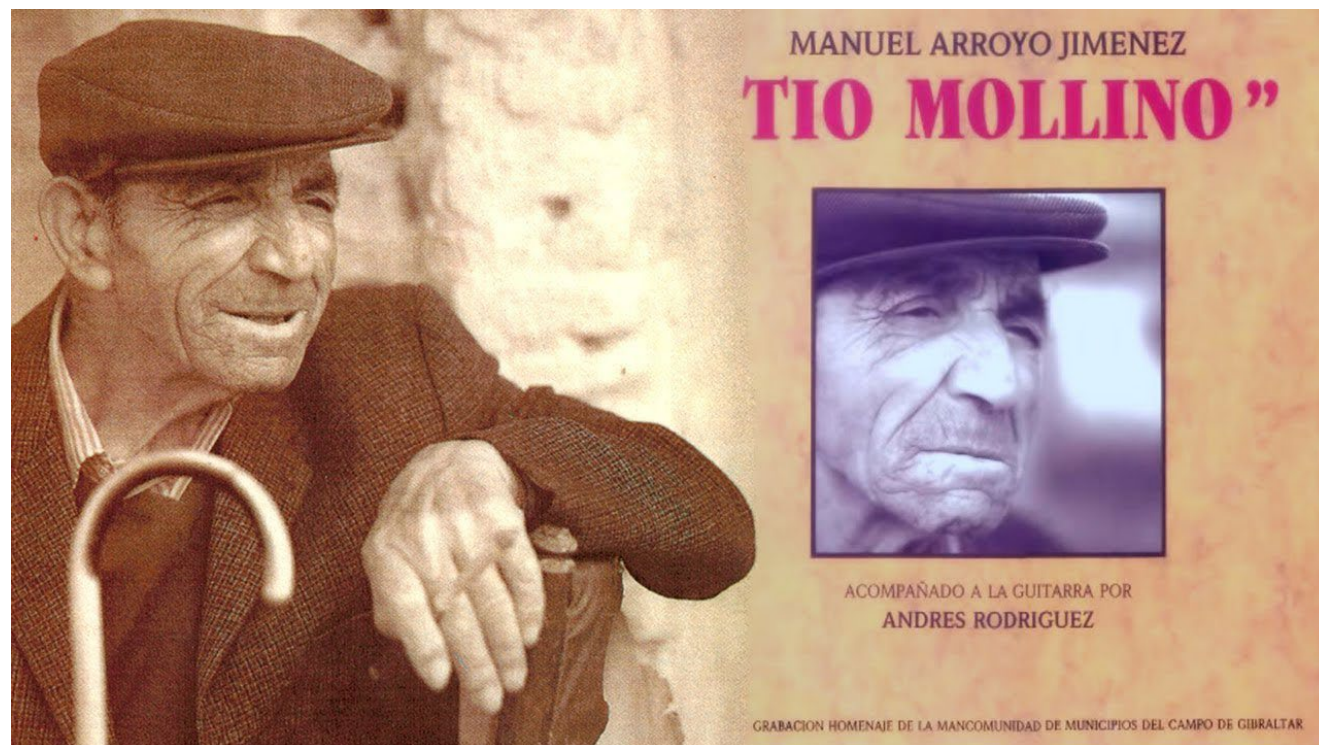
El Sr. Alcalde de Algeciras debería poner altavoces por las calles con el cante del Tío Mollino. Así conoceríamos todos mejor el espíritu de la ciudad y el cante de la zona, el espléndido Cante del Peñón.



El Pañero con José Reyes y El Borrico en el Cante Grande de Algeciras (foto cedida por los Lérída)

Tío Mollino y El Pañero, la Algeciras gitana que se nos va

José Manuel Serrano Valero



Disco de Tío Mollino (foto JL Roca)

Mi recuerdo del Tío Mollino está demasiado entre brumas. Si cierro los ojos sí tengo guardado en algún lugar lejano de la memoria a un gitano ya mayorcísimo en eterna caminata por la calle. Sé que era él, alguna vez en compañía del tocaor Andrés Rodríguez –a este sí lo rememoro perfectamente– en otras ocasiones formando parte de los paisajes de la plaza de abastos o las cercanías del desaparecido bar Centenario. Era el suyo un andar tranquilo, cadencioso. Su presencia, callada

y discreta. Pasaron muchos años y cayó en mis manos el único disco que grabó en toda su vida. Y entonces entendí todo eso que era Manuel María de la Palma Arroyo Jiménez, Tío Mollino (1913-1996). Su cante profundo y jondísimo es como un oleaje que se forma muy adentro de su alma. Resulta una masa dinámica, expresiva y riquísima en sentimientos y matices. Inacabable y difícil de describir, aquí, con estas palabras torpes. Ese oleaje, al fin, rompe, desgarrar y marca para siempre al que escucha.

Quizá su impronta configure uno de los mejores retratos hecho carne de los gitanos que habitaron esa Algeciras remota. Aquella aún rural y marinera de los siglos XIX y XX. La misma en la que ellos encontraron cobijo en las calles inciertas de sombras nocturnas y luces restallando al alba del barrio campero de San Isidro.

Su trayectoria cantaora –en la que la intimidad venció con rotundidad a lo público– está muy bien recogida en el libro “Los flamencos del Campo de Gibraltar”, volumen imprescindible para nuestra cultura firmado por el estudioso Luis Soler. Los datos que en su reseña aparecen concuerdan con los sonidos negros que nos



El Pañero en la SCGA (foto cedida por la familia Lérica)

dejó, herederos de los de su mítico pariente Manuel Torre y del Corruco, entre otros. Son muestra hecha voz y lamento de una vida encauzada por la humildad y la convivencia y por un destino inmediato e inmenso que una etnia como la suya, que vive siempre en presente y en sintonía natural.

Escuchar hoy al Tío Mollino —su voz está en internet, afortunadamente, si no pueden hacerse con el disco que les hablaba al principio de este texto— es sumergirse en el eco de lo antiguo y la autenticidad. Es acudir al auxilio del grito del dolor y la alegría por historias que se pierden en el origen de los tiempos. No podrán conocer bien la historia del Flamenco en la vieja Al-Yazirat si no lo hacen.

La marcha física de este mundo de José Lérida Cortés, El Pañero, ha sido muy dura para el orbe flamenco y, en el momento de escribir estas líneas, perdura la conmoción por su irreparable e inesperada pérdida. Era tal el respeto sagrado que este gitano verdadero tenía por el Flamenco que jamás consideró que él estaba listo para el paso al profesionalismo ni nada que se le pareciese. Este, con matices tan propios y personales, era su concepto tan puro de un arte que, además, era inseparable de su ser. Y los que tuvimos la suerte de compartir vivencias con él éramos plenamente conscientes de ello.

Cada conversación era para mí una gigantesca cátedra universitaria flamenca. La inauguramos juntos el día que le referí cómo el baile de sus hijos José y Perico electrizaría al público y lo atrapaba sin que nadie pudiera soltarse. “La transmisión, ¿no?”, me contestó con esa humildad que le caracterizaba y que, para mí, no lograba ocultar ese dominio tan inmenso que poseía.

No es un tópico: el Flamenco no tenía secretos para él.

Llegaba discreto y como si nada a la recordada sede en La Bajadilla de la Sociedad del Cante Grande de Algeciras, una entidad que por supuesto había ayudado a crear en el arranque de la década de los setenta del siglo XX en esas calles tan flamencas del entorno de nuestra plaza de abastos. Se sentaba detrás, junto a la puerta. Siempre la palabra precisa y la escucha atenta. Él, un hombre en cuyo patio habían cantado Fernanda y Bernarda de Utrera, y un referente de las visitas a Algeciras de Antonio Mairena, podía enseñarnos todo. Y el que conocía sus claves lograba extraer esas enseñanzas.

Estaba orgulloso de sus hijos cantaores, lo sabemos bien. José Lérida fue uno de los emblemáticos personajes de la algecireñísima y gitana calle Río, que se mataron a trabajar en el entonces floreciente comercio de los bazares pero en cuyo saber vivir estaba el Flamenco como piedra angular. Su cante era pleno en su sencillez, pero su baile era aún más: un conjunto armonioso, pausado, elegante, un museo abierto de gracia y sensibilidad. Iluminaba con él las fiestas familiares, las que se localizaban al final de cada jornada laboral en el bar Los Pulpos, las que se celebraron en los primeros enclaves del Cante Grande en la calle Cristóbal Colón y junto al teatro Florida. Los gitanos siempre andan festejando la vida. Ahí dejaba boquiabierto a la concurrencia. Un baile gitano-andaluz como el del recordado Paco Valdepeñas. Como el que hacen ahora sus hijos José y Perico. Y en versión femenina, su hija María. Todos los amantes del Flamenco, de la bondad y la humildad lo añoramos. Y lo añoraremos siempre.

Algoritmos de lo jondo

Estela Zatanía



El Pañero, cantando en nuestra Peña con Agujetas y Parrilla a la guitarra (foto familia Lérida)

Manuel Arroyo Jiménez “Tío Mollino”, Palma de Plata 2022, ex aequo con José Lérida Cortés “El Pañero”, dos intérpretes cuyos historiales enorgullecen y honran el Campo de Gibraltar. Con los dos, queda representada una pieza importante del cante de esta comarca, un acervo de lo jondo. Importante este reconocimiento de la Sociedad del Cante Grande precisamente

porque son figuras semi olvidadas y subestimadas para gran parte de la afición.

Conocía poco a estos dos intérpretes más allá de sus nombres y alguna grabación. No he visto sus recitales, ni tenido la suerte de compartir reuniones con ellos. Va en contra de toda lógica opinar o comentar temas que una no ha conocido. Pero he

disfrutado con la búsqueda y descubrimiento de estos artistas tan admirados en Algeciras.

Parece que con decir “Paco de Lucía”, la zona de Algeciras está despachada, pero hay un caldo de cultivo flamenco muy rico, nada sale de la nada y ese nivel de cante tan digno de admiración no ha nacido de un vacío. Será pura coincidencia que Juan Soto Montero, padre del mítico cantaor Manuel Torre, naciera en Algeciras. O quizás no. ¿Por qué florece el cante o la cultura flamenca en general en sitios determinados? La flamencología nos indica que el fenómeno flamenco toma cuerpo donde haya barrios o arrabales con una sociología que propicia la vida en común, y donde el tiempo compartido, las largas tardes y noches y la escasez de diversión exigen un relleno que ocupe ese vacío anímico.

Al hablar de las interpretaciones de estos dos cantaores desaparecidos, existe la tentación de destacar su sabor “a lo antiguo”, o a la raíz que dio lugar al repertorio actual. ¿Pero qué es “lo antiguo”? El Tío Mollino nace en el 1913, 12 años después de mi madre, cuando el cante ya estaba en pleno auge gracias a Torre, Chacón o Pastora encabezando la aventura. Dicen los historiadores de la música, y me parece perfectamente lógico, que lo más antiguo de un género musical es su versión más folklórica. Sólo con el tiempo se destacan individuos que adquieren la sofisticación del solista que se rebusca dentro de sí una interpretación personal que expresa su particular perspectiva de la condición humana: dolor que se esconde entre versos y voces que nos dejan el alma hecha trizas. Es lo que se siente al escuchar estas voces que nos llegan desde el pasado.

Porque el cante flamenco tiene ese divino misterio, una capacidad de abarcar los recovecos espirituales más ocultos del ser humano mediante caminos insospechados. ¿Pero, por qué disfrutamos con el dolor? Porque no es el momento del dolor, sino

el dolor recordado...soledad, desamor, muerte... todo eso fluye y se remueve entre las sílabas y notas de un cante bien interpretado que hace que los aficionados digan que se les levanta el vello porque “duele bien”. En las voces del Tío Mollino o de José Lérída “El Pañero”, el cante cumple esa misión. Lejos de ser “primitivo”, es una expresión exquisitamente desarrollada que nos conduce a las emociones básicas y nos las desmonta.

Muchas veces, los artistas poco conocidos son objetos de culto, y si su fama no alcanza cotas altas, no nos debe de importar. Para saborear a los viejos maestros, hay que cultivar el paladar para disfrutar la naturalidad y la melancolía que siempre están presentes.

Estas son las impresiones de una aficionada que celebra haber descubierto a dos intérpretes imprescindibles del cante de una zona donde reinan la soleá, la siguiiya, bulerías, fandangos o martinete y tonás. Son voces rancias pero cálidas como el flamenco mismo, como las arrugas de sus caras y el hiriente decir de su cante. Voces rozadas que pueden no gustarle a cualquiera, pero que son el sueño jondo de cierto tipo de aficionado, el que busca el dolor sonoro para suavizar el que soportamos en el día a día de la existencia. A ratos, es el lastimero gemido que te recuerda a Torre del que fue pariente lejano el Tío Mollino. Una forma de cantar que no parece aprendida sino parida.

Las bulerías del Tío Mollino tienen un sorprendente aire actual, confirmando que es un palo que no envejece porque continuamente se renueva, aunque las maneras del cantaor con el compás intuitivo recuerdan a tiempos atrás cuando se empleaba sin miramientos un fraseo más natural, menos aseado. De hecho, los cantaores de la quinta del Tío Mollino o el Pañero no contemplaban estos detalles de los algoritmos de lo jondo.

La XXX Palma de Plata a título póstumo para El Tío Mollino y José El Pañero

Antonio Nieto del Viso

La XXX Palma de Plata se queda este año en Algeciras para homenajear y recordar a los cantaores Tío Mollino, y Perico el Pañero, dos grandes cantaores que dejaron en la memoria colectiva, y en pocos, pero importantes tesoros en grabaciones en directo, y sendos discos de los que más adelante describo con todo lujo de detalles, según mi leal saber.

También queremos reconocer a esta revista, Al-Yazirat, que tiene un alto prestigio dentro del mundo del Flamenco, y que se publica gracias al Ayuntamiento de Algeciras, y a la Sociedad del Cante Grande, que se preocupan por mantener la llama viva de este arte de generación en generación para la labor investigadora del futuro como notario de los acontecimientos flamencos del Campo de Gibraltar.

Los cantaores Tío Mollino y José Lérída el Pañero, tienen un lugar de honor en la memoria y en los anales de esta ciudad. Dos personajes que estuvieron emparentados con varias de las castas más importantes de creadores y recreadores de estilos; por eso sus ecos sonoros son dignos de los mayores elogios, tanto en lo personal, como en lo artístico.

Por orden cronológico, me centraré primero en

el Tío Mollino, nombre artístico de Manuel María de la Palma Arroyo Jiménez, un gitano que vio la luz en el Callejón de Jesús de la barriada de San Isidro de Algeciras, el 28 de junio de 1913; y donde entregó su alma a Dios el 16 de diciembre de 1996. No fue cantaor profesional porque no quiso, y se ganó la vida en los tratos de ganado, que alternó con el Cante en los distintos puntos de la ciudad, como por ejemplo en la calle Munición, el Café Piñero, y posteriormente en el bar Corinto y Oro del también cantaor Antonio el Flecha. Siempre reconoció que ganó más dinero como tratante que como cantaor. Ser artista le daba miedo, por lo que la mayor parte de su vida transcurrió entre el Cante y los tratos.

Tío Mollino tenía una voz apta para los cantes fuertes y difíciles, sus tonos los llevaba a lo máximo, para posteriormente tercio a tercio, conseguir la modulación adecuada hasta rematar en el tercio final, de donde percibimos los ecos de sus antepasados, entre los que están Manuel Torre y Corruco de Algeciras. Destacamos asimismo que siempre gozó de unas excelente facultades que fueron ganando solera con los años.

A finales de 1989, grabó su primer y único disco acompañado por la guitarra de Paco Narváez y Andrés Rodríguez en los estudios Quirel. Aquí,



El Pañero con Fosforito, Matías y Rafael Corruco
(foto familia Lériða).

destacamos la labor de Luis Soler Guevara ,y José Luis Vargas Quirós que le convencieron para que acudiera a los estudios a pesar de subir andando once pisos, ya que se negó en redondo a subir por el ascensor. En este histórico vinilo nos dejó nueve cortes, que comprenden dos soleares por los estilos de La Andonda, Frijones, y La Serneta respectivamente, y en los que apreciamos el arcaico modelo de cantaor y los conocimientos que atesoraba. Las dos seguriyas las cantó en las formas de Manuel Torre, y de Francisco la Perla, suenan a tragedia expuestas con unos ecos únicos, bajo la emotividad de dos fandangos naturales, dos bulerías, y una toná.

En resumen: Tío Mollino fue un cantaor de emociones difíciles de explicar con la palabra. Por eso nos vamos ahora a disfrutar escuchando este documento, su testamento sonoro, para que esté con nosotros para siempre como hilo conductor del más remoto pasado a la actualidad de su época, y para el futuro.

Para conocer el perfil humano de José el Pañero, hemos de decir que sus referencias están contenidas en las grandes figuras, como: Manuel Torre, su hijo Tomás, Juanito Mojama, Juan Talega, Antonio Mairena, el Borrigo de Jerez, y Rafael el Tuerto. Con estas referencias queda acreditado su formación humana y artística, y

siempre escuchando en su juventud hasta formar el gran tesoro que tuvo en su memoria.

Ahora viene la otra parte, fue admirado por Fernanda de Utrera, Paco Valdepeñas, Manuel Morao, Manuel Moneo y Agujetas. Por tanto, el Pañero fue un cantaor que fundió o unió el pasado y el presente de estas escuelas ortodoxas de los artistas clásicos de este bendito Arte Flamenco. Compartió noches inolvidables con Evaristo Heredia, en muchas de esas ocasiones fue acompañado por la guitarra de su compadre el egabrense Juli Córdoba.

Para conocer un poco mejor a José el Pañero, les diré, que José Lériða Cortés, su nombre propio, nació en Ceuta el 11 de julio de 1942. En su niñez vivió en Sevilla hasta los once años, para posteriormente afincarse definitivamente en Algeciras hasta su muerte acaecida en la mañana del domingo 12 de diciembre de 2021, cuando contaba 79 años de edad. Una fecha que quedará marcada por la tristeza de haber perdido para siempre una referencia del Cante en el Campo de Gibraltar, donde fue muy querido y admirado por sus numerosos amigos.

José el Pañero, procede entre otros de la dinastía de Los Caganchos de Triana, aparte, también fue pariente lejano de Manuel Torre. Será o no casualidad, pero ahí están las líneas maestras y genéticas de su arte.

Nunca quiso ser profesional del Cante. Vivió de su negocio de telas en el bazar de su propiedad en Algeciras, de ahí procede su remoquete artístico. Cantó en reuniones para sus amigos, y en los buenos ambientes donde se apreció su genuino arte.

Lo cantó prácticamente todo, pero entre sus estilos preferidos en los que destacó, están: soleares, seguriyas, tientos y tangos, bulerías, bulerías



El Pañero en la Sociedad del Cante Grande con Juan Ricardo Silva, Paco Vallecillo, Paco Mena, José Reyes, Antonio Mairena y Evaristo Heredia (foto cedida por la familia Lériða).

por soleá, cantiñas, tonás, saetas, malagueñas, y fandangos naturales, especialmente por el estilo que nos dejó Rafael el Tuerto.

Trató con mucho respeto a la copla andaluza, la misma que empleó para adaptar por bulerías para darse su patadita en un baile personal muy gracioso con el que acababa las reuniones.

Su único disco, inédito por cierto, lo grabó en Argentina, pero no quiso que se publicara por la baja calidad técnica, efectivamente, tenía razón, pero escuchándolo con detenimiento, nos trae a la memoria las arcaicas raíces que sumergidas en la noche de los tiempos reaparecieron en los misterios telúricos de la noche exponiendo sus

sentimientos en forma de cante ortodoxo. En sus grabaciones domésticas el cante de José Lériða Cortés, sigue vigente en las voces de sus hijos, los también cantaores, Perico y José el Pañero, que tienen todo el futuro por delante para seguir cantando, y que ellos se lo transmitan a sus nietos para que esta dinastía siga dando renombre al mejor Flamenco.

Conclusión: La fidelidad de la tradición, el respeto hacia los que los enseñaron, son valores a tener muy en cuenta en el buen Flamenco, un principio indiscutible que siempre hemos de tener en cuenta a la hora de valorar el buen nombre como artista, y como persona que fueron, Tío Mollino, y José el Pañero.

Semblaza de José Lériða, El Pañero

Irra Torres



José con Curro y Fernando de la Morena, Carlos Vélez y Tío Periquiqui (foto familia Lériða)

José Lériða Cortés, José el Pañero, nace en Ceuta un 11 de julio de 1942. Acunado por José Lériða Cruz y María Cortés Cortés, al año del nacimiento vuelven a Sevilla. Nuestro homenajeado pasa su infancia en el sevillano barrio de San Román. Y se establece definitivamente en Algeciras a los once años de edad, aunque a lo largo de su vida pasa temporadas en otras localizaciones geográficas. En su infancia disfruta de las fiestas flamencas familiares, ya que es heredero de verdaderas raíces familiares flamencas. De hecho hereda el oficio de la familia mercadeando con las telas. De ahí lo de Pañero. Aparte hereda la flamencura de su casa, su madre cantaba de forma extraordinaria por seguiriyas, sobre todo

los estilos de la escuela gaditana aprendidos de su familia, que se remonta hasta mediados del siglo XIX con Juan José Cortés Molina El Negrito. Teniendo en su familia la escuela de esos artistas que no son profesionales, incluyendo la parte más festera del flamenco.

Aunque en El Pañero se unen los estilos más jondos y flamencos de su herencia flamenca, era admirador de Mairena, Juan Talega, Tío Borrico, Juanito Mojama o Tomás Pavón. Pero sobre todo siente admiración del cante por tientos de Rafael El Tuerto. Otros artistas también dan cuenta de la verdad y pureza de su cante, como Fernanda o Bernarda de Utrera, Anzonini del Puerto, Parrilla,

Morao, Paco Valdepeñas, Moneo o Agujetas. José comparte fiestas flamencas y momentos cabales con infinidad de artistas y amigos, además de los nombrados anteriormente, también están presente Antonio Sánchez y sus hijos Ramón de Algeciras y Paco de Lucía.

En su cante, descubro los ecos de los Torre, Cagancho, los Potajones, Tío Mollino, Rafael El Tuerto, María la Cataña o la flamencura jerezana de la Plazuela y Santiago. Su cante duele donde los melismáticos quejíos desgranar los secretos de la jondura. A José le gusta las tertulias flamencas y acabar con un temple por seguiriyas que peina el alma con aromas a clavito y canela. O te salía con ese soniquete acompasado por bulerías rematado con una pataíta de la más pura gitanería jerezana. Pienso, que como patriarca de su casa flamenca, deja en Perico y José Pañero una maravillosa herencia. Cantes y vivencias flamencas impregnadas de ecos ancestrales de auténticos cabales. Donde la flamencura se cita con la pureza. En José no se sabe si cantaba mejor que bailaba o al contrario. Un estilo que engrandece nuestra genealogía flamenca.

A los ojos de sus hijos, José es un hombre serio y respetado, trabajador, introvertido, honesto, familiar y amigo de sus amigos. A lo largo de su vida siempre se encuentra pendiente de su oficio y su familia, sin perder su norte flamenco. Sus vivencias y anécdotas son maravillosas. Como cuando Antonio Sánchez iba a su casa con la guitarra y le decía al padre de José "Llama al niño para que me cante unas letrillas por soleá". También siendo un niño, su padre le dice en una reunión que cantase por soleá, y Gitanillo de Triana se echó un potaje por la cabeza escuchándolo. En otra ocasión en el bar de Pepe Pinto, escuchó a Pastora por tangos y por fandangos a Manolo Caracol, incluso en otra José le canta al Pinto por soleá. Viviendo en San Román, José iba de monaguillo y cuando se para la procesión aparece Caracol en un balcón. En otra reunión a Platero de Alcalá le presentan dos niños y cuando los escucha cantar dice "Vosotros sois hijos de José el Pañero", los abrazó y les dijo que su padre era el cantaor que más se parecía a Tomás Pavón. En diferentes reuniones José escucha a Tío



Pañero, Chirovao y Terremoto en la Feria de Algeciras (foto familia Lériða)

Borrigo hacer los cantes del Nitri, a Tía Anica la Piriñaca, a Terremoto, a Rafael El Tuerto, y muchas noches con Tío Mollino.

En su viaje a Hispanoamérica se encuentra con Curro Terremoto y con el maestro de la guitarra Esteban de Sanlúcar. Con el guitarrista graba un trabajo discográfico con tres cantes, soleá, seguiriya y bulerías por soleá. Trabajo que no llega a ver la luz, debido a la exigencia consigo mismo de José El Pañero, de no gustarle lo que había grabado.

En Algeciras, sus días pasan entre obligaciones profesionales, familiares y sobre todo reuniones cabales, conversaciones flamencas y de cantes de pureza sin igual, martinets, tonás, seguiriyas, soleá, cantiñas, bulerías, se para en los ecos del tiempo. Y sobre todo, esos tientos o tangos paraos que tanto le gustaban a José. Incluso esos bailes donde el desplante mece el puro compás flamenco. Hasta el 12 de diciembre de 2021 que José El Pañero nos dejó. De todo esto, hoy son testigos familiares y amigos. Y sobre todo Perico y José Pañero a los que les agradezco su amistad, la jondura de su arte, y mostrarme la pureza flamenca de una casa cantaora.

Semblanza de Tío Mollino

Irra Torres

En el barrio algecireño de San Isidro viene al mundo Manuel Arroyo Jiménez (Algeciras, 28-06-1913, 16-12-1996), conocido como Tío Mollino. Nace en el seno de una casa humilde, trabajadora y flamenca, ya que sus padres Manuel Arroyo Molina y Manuela Jiménez Núñez por sus líneas genealógicas descienden de casa flamencas. De hecho si investigamos hacia atrás podemos encontrar a Manuel Torre o Corruco de Algeciras.

Tío Mollino es un hombre de campo, enraizado en las vivencias de su familia. Su medio de vida era el trato con el ganado, él mismo apunta en una entrevista, "Yo soy correar de ganado". Siempre pasea con su inseparable bastón, útil que le sirve para el acompasado acompañamiento de su cante. Su cante mejora con los años, e incluso, se siente mejor cantando sin guitarra. Su voz es una de esas voces ancestrales que nos recuerdan el sufrimiento y la angustia de sus vivencias. Una sentencia al tiempo que nos trae el padecimiento del hombre en la honda verdad del flamenco. Su manera de templarse por seguiriyas o por soleares con su bastón y entre falsetas nos traen los duendes de los más puros sonidos flamencos.

Tío Mollino nunca se dedica al cante profesional. A lo largo de su vida participa en algún que otro festival o concurso. Pero donde disfruta cantando es en las reuniones familiares y cabales. Participa en los años treinta en el festival de Gaucín, en los cuarenta por los

bares de la Calle Munición o en el Café Piñero de Algeciras. Pero en los cincuenta canta en la Feria de Tarifa con un viento estrepitoso, y cuando lo volvieron a llamar para cantar en Semana Santa les dijo "Mi condición es que no jiciera viento". Desde los setenta, participa en el homenaje a Rafael el Tuerto organizado por la Sociedad del Cante Grande, también en el I Concurso Flamenco organizado por la misma sociedad en el Teatro Florida de Algeciras, en el Concurso de Cante de Conil de la Frontera, en el Festival de la Escuela de Artes y Oficios de Algeciras, en el homenaje a su hermano Roque en la Escuela de Maestría Industrial de Algeciras, en el homenaje que le brinda la Sociedad de Cante Grande en 1989 e incluso en un certamen de saetas en la Casa de la Cultura de Algeciras en 1991. En estas participaciones actúa junto a otros artistas como Fosforito, Camarón, Nano de Jerez, Mateo Soleá, Rubichi, Canela de San Roque, Juan Villar, Pansequito, Niño Jero, La Susi, José Vargas, Morenito de Algeciras, Jose Carlos Gómez, Salmonete, Capullo de Jerez, Rocío Alcalá o su hermano Roque Arroyo.

Se realiza una grabación para dejar constancia de su cante en 1989 en un flamenquísimo trabajo discográfico. Incluso se le graba alguna saeta más adelante. Donde afloran los sonidos negros de su voz. Araña las entrañas del alma entre tercios y quejíos. Sus quejas jondas para dentro elevan la majestuosidad del cante gitano de la flamencología bajo andaluza. Es un disco, donde a través de



Tío Mollino y Andrés Rodríguez, grabando su disco. Diario Europa Sur (Foto J.L. Roca).

fandangos, soleares, bulerías, tonás o seguiriyas, se manifiesta la más auténtica verdad del cante de Manuel Torre, Joaquín la Cherna, Frijones, Macandé, El Mellizo, Agujetas o Francisco la Perla.

Tío Mollino es muây de su tierra. En conversaciones con Perico y José Pañero me cuentan alguna que otra anécdota. Como que le llaman para cantar en Madrid y cuando su nieto se lo comunica le responde "Ande va, allí no voy que está to er día lloviendo". O en un concurso junto a su hermano Roque donde ambos quedan entre los dos primeros

puestos. Entonces Roque como primero recibe una placa, pero Tío Mollino, por el segundo premio, recibe una cuantía económica y Roque dice "Ustedes se han equivocado, mi hermano canta mejor que yo"

A través de escuchar los cantes de Tío Mollino o al leer su biografía y artículos escritos por Luis Soler, Ramón Soler o José Luis Vargas Quirós, he encontrado mucho de la verdad del cante, los ecos de las herías de alma, y la flamencura recogida en el más puro silencio. Termino este artículo entre el disfrute, la emoción y la rabia.

Diálogo Flamenco

“Es muy importante no perderse de la tradición, porque ahí es donde está la esencia, el mensaje, la base”. Paco de Lucía.

Juan Antonio Palacios Escobar



En la Peña. José El Pañero con José Vargas. Dic 2014. (Foto: Sociedad del Cante Grande de Algeciras).

Quiero comenzar este trabajo que como todos los años tengo el orgullo que me encargue mi gran amigo y sabio del flamenco Pepe Vargas para la REVISTA AL-YAZIRAT, con tres cifras, la primera el 26, que es el actual número de la misma, y que tras un cuarto de siglo se ha convertido en una de las grandes tribunas de más prestigio de nuestro arte más genuino

La otra es la XXX PALMA DE PLATA “CIUDAD

DE ALGECIRAS”, en la que la Directiva de la SOCIEDAD DEL CANTE GRANDE, una de las de más soleras de nuestro País, más de medio siglo, con sus 51 años de existencia, en la que con Carlos Vargas al frente ha tenido el tino y el acierto de concedérsela **“in memoriam”**, a dos artistas como la copa de un pino, Manuel María de la Palma Arroyo Jiménez, TIO MOLLINO y José Lérida Cortés, JOSÉ EL PAÑERO, que aunque nos abandonaran sus

cuerpos, siempre estarán con nosotros.

Ambos no fueron cantaores profesionales, pero eran dos grandes aficionados que transpiraban FLAMENCO por todos los poros de sus cuerpos, que tenían esa grandeza de todos los que crean con su arte, estar en diálogo permanente consigo mismos

También desde su autenticidad tuvieron un diálogo sincero, sencillo y directo con los artistas de nuestra zona, y con el público, las veces que actuaron en directo, o se deleitaron en el cuarto de los cabales. De Algeciras a Ceuta, las dos tierras natales de nuestros protagonistas, de la Plaza de San Isidro a la Calle Río, de sus raíces algecireñas a sus ascendencias trianeras.

Somos unos afortunados, porque conocimos personalmente a estos flamencos, porque los escuchamos cantar en persona, y porque cuando uno recuerda algunos de esos momentos, se ratifica en algo que siempre he defendido, ofrezcamos los homenajes en vida, si es posible, no esperemos a que desaparezcan, y disfrutemos con ellos esos espacios de reconocimiento.

Pero no piensen que voy a aburrirles con un reportaje biográfico de dos personajes que tendrían para llenar muchos tomos de una enciclopedia, así que he pensado en hacerles un planteamiento nuevo y distinto. No es un cuento ni un relato, pero como si lo fuese. Echemos a volar nuestra imaginación sin abandonar la realidad.

Tío Mollino nos dejó a los 83 años, allá por el 16 de diciembre de 1996, José el Pañero se nos fue a los 79 años, un 12 del mes de diciembre, fatal coincidencia, y ambos se fueron como unos señores del FLAMENCO, sin armar ruido, pero dejando un enorme vacío, aunque en decir verdad, han sido de las personas que han llenado sus años de vida, a ritmo y a compás.

Entre la carambola y el misterio. conservamos de Tío Mollino un disco que grabó, ni más ni menos que a los 76 años acompañado a la guitarra por Andrés Rodríguez, tal vez porque siempre vivió de cara al FLAMENCO, con una intuición que

le sirvió para aprender de los mejores, pero de espaldas al espectáculo de sacar rentabilidad comercial de su arte. Recorrió el mundo sin moverse de Algeciras.

Un trabajo que gracias a la iniciativa de la Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar y la persistencia y el trabajo de la Sociedad del Cante Grande, con nueve piezas de diferentes palos como la soleá, la siguiyia, el fandango, la tona o la bulería.

Lo de José Lérida Cortés, es un misterio, ya que tuvo oportunidad como ciudadano del Estrecho, de nacer en una orilla y criarse en otra, aprendió del mundo y de la gente, y supo guardar la tradición flamenca que se remonta desde el siglo XIX.

Por afición, profesión y devoción, en el sentido machadiano de la existencia, anduvo muchos caminos y entre otros lugares se pasó una larga temporada en Argentina. Sabemos que por iniciativa del bailar Curro Terremoto de quien su hermano el cantaor Fernando heredó el apodo, y con el acompañamiento a la guitarra del gran Esteban de Sanlúcar, grabó tres cantes, siguiyias, soleares y bulerías por soleá.

Pero en el rigor que caracterizaba a José, no quiso nunca editarlos, porque no quedó satisfecho, aunque quienes tuvieron la suerte de oírlo, no estaban de acuerdo, en que no hubiera quedado como documento para el futuro. Cualquiera hubiera dado todo el dinero del mundo por grabar con el famoso tocao sanluqueño, y es que uno de los axiomas del Pañero, es que los cantes, estaban por encima de los propios cantaores.

El nos ha dejado el arte, con la vigilancia amorosa de su esposa Elena, de sus hijos Perico y José y su hija María, que derraman arte por los cuatro costados, y que se han convertido, desde su humildad y sus ganas de aprender, en grandes profesionales.

La pregunta que nos hacemos los que los admiramos, ¿Dónde estarán estos dos pedazos de gitanos que cantaban siendo capaces de



Disco de Manuel Mollino (foto JL Roca)

hacer fácil lo difícil, desde las entrañas de sus autenticidades? Ellos que son ya eternos, y han sido capaces de transmitirnos lo vivido y lo sentido.

Ellos que en ocasiones nos han abierto de par en par los sentidos, que han logrado ese difícil equilibrio, de lo nuestro, lo gitano y lo flamenco. Ellos a los que les ha sobrado ritmo y compás, que han sido, desde la magia y el embrujo, flamencos auténticos, que desde que nacieron sabían que el FLAMENCO era patrimonio de la humanidad .

Manuel y José, Tío Mollino y Pañero, les ha sobrado sol, sal y son, quejío y alegría, que tantas fiestas y cantes vivieron en la calle, los patios o las peñas, que con tanto esmero cuidaron la intimidad y gozaron de la fiesta, ellos flamencos, de los de verdad ¿Dónde estarán?

No he querido utilizar un lenguaje retórico sino, les voy a comunicar las averiguaciones que he podido hacer recurriendo a mis fuentes. Ni más ni menos, nuestros admirados José y Manuel, Pañero y Tío Molino se encuentran en compañía de un tercer amigo de todos los que amamos el FLAMENCO, y que también es PALMA DE PLATA “CIUDAD DE ALGECIRAS”, TÍO EVARISTO HEREDIA MAYA, a quien se le concedió la edición número X. en el año 1998.

¿Saben ustedes dónde se encontraron estos tres gitanos cabales? Habían quedado en un mágico lugar llamado “El PARAISO DE LA MEMORIA”. Allí continuarían hablando de su ilusión y su pasión, el FLAMENCO. Y hubo un momento que se miraron a los ojos, como la gente de bien, y se dieron las manos y se abrazaron como buenos amigos.

Además, me habían dicho mis buenos contactos, que con la llegada de Manolo Sanlúcar estaban preparando un recital de los grandes con los acordes del maestro de la desembocadura del Guadalquivir y Paco de Lucía. A ellos, como al que humildemente estas letras escribe, les preocupaban los dogmas y los todólogos, aquellos que son como el **“maestro liendre” que de todo saben y de nada entienden.**

Aquello prometía, tenía todos los condimentos de una buena tertulia flamenca, en la que todo el mundo se hablaba desde el respeto. Pañero comenzó cantando unos tientos-tangos, y Tío Mollino continuó con una siguiiriya, que como decía en la carátula de su único disco mi buen amigo y experto en nuestro arte Luis Soler, su figura se agigantaba en donde sus lamentos cobraban una dimensión que rayaba en lo inconmensurable. Mientras se oía la voz de Tío Evaristo que mostraba su contento y satisfacción, gritando ¡Viva Dios!

La razón de ser de Tío Mollino y José el Pañero

Carlos Martín Ballester



José y Elena, los Pañeros en casa de los Vargas. Dic. 2016 (Foto Foti)

La Sociedad del Cante Grande me informó en julio que había decidido conceder la Palma de Plata 2022 a Manuel Arroyo Jiménez ‘Tío Mollino’ y a José Lérica Cortés ‘José El Pañero’, a través de su Presidente de honor, José Vargas Quirós. Me satisface que desde las instituciones flamencas -y más si son de la categoría de la entidad algecireña- se ocupen de este tipo de cantaores sin los cuales el flamenco de la segunda mitad del siglo XX no podría entenderse.

A partir de mediados del siglo pasado se produjo un fenómeno recuperador de determinados cantaores que, sin haber sido figuras o incluso haberse dedicado profesionalmente, tenían una valía extraordinaria. Contribuyeron a ello algunos artistas y aficionados que, de la mano de discográficas o editoriales, propiciaron la observación del flamenco desde una perspectiva complementaria a la que tenía el público desde su butaca: nuestra música se

nutría tanto de los profesionales -de menor a mayor rango- como de cantaores fuertemente enraizados en su geografía, con un apego a unas formas expresivas que no solían verse sobre los escenarios, y renuentes a los servilismos de la profesión. Tan complementarias como necesarias.

Sin duda, una de las iniciativas que más fomentó este fenómeno de recuperación fue el *Archivo del Cante Flamenco* del sello Vergara (1968), dirigido por José Manuel Caballero Bonald, que al modo de un Alan Lomax, se desplazó por numerosas localizaciones con aparatos portátiles para recoger las voces de cantaores esenciales, sin los cuales no seríamos capaces de entender la evolución del flamenco en el ámbito estrictamente doméstico. Así, pudimos escuchar los ecos estremecedores de Manolito de María, El Borrico, Joselero de Morón, Juan Talega, El Perrate, Tomás Torre, Santiago Donday o La



Manuel Mollino (foto JL Roca)

Piriñaca, que coexistieron en el microsurco con las voces de profesionales reconocidos, de la talla de El Lebrijano, Pericón de Cádiz, Fernanda de Utrera o Rafael Romero.

Como consecuencia de lo anterior, esta amalgama flamenca llegó a la televisión de la mano de la serie *Rito y Geografía del Cante* (1971-1973), dirigida por Pedro Turbica, con guiones y presentación de José María Velázquez-Gaztelu y realización de Mario Gómez. Por la pantalla pasaron muchos de los integrantes de la Antología de Vergara y otros tantos más, conformándose en un documento audiovisual único que ha nutrido de contenido flamenco a generaciones de profesionales y aficionados.

Un reciente ejemplo de esa trayectoria fue la publicación de la enciclopedia *Historia del Flamenco* de la editorial Tartessos (1995), en la que además de interesantes artículos y trabajos, se acompañaba de un apéndice discográfico. En él, encontramos grabaciones alejadas del estudio de reconocidos profesionales como Jacinto Almadén, Pepe Aznalcóllar, Niño de Barbate, Antonio de la Calzá, Antonio el Chaqueta, Chocolate, Fosforito, Chano Lobato, Bernardo el de los Lobitos, José Menese, Gabriel Moreno, Naranjito de Triana, La Paquera, Niña de los Peines, Pericón, La Perla, Porrinas de Badajoz, Niña de la Puebla, Rafael Romero, El Sevillano, El Sordera, o Terremoto de Jerez. Junto a ellos, tanto Luis como Ramón Soler, compiladores de este rico material sonoro, se preocuparon de ordenar y perpetuar la memoria de esos otros cantaores a los que me refiero, que «jamás se asomaron a un estudio de grabación, a veces por propia timidez, otras por incompetencia de las casas grabadoras o de los organismos

oficiales»¹: El Álvarez, Bastián Bacán, El Bengala, La Bolola, El Chozas de Jerez, Santiago Donday, Enrique Fernández, Alfonso el de Gaspar, Ramón Jarana, Ramón Medrano, Onofre, María la Sabina, Rafael el Tuerto, o Tío Mollino.

Hay que decir, no obstante, que todos estos hitos tuvieron un precedente fundamental con Antonio Mairena y su labor de dignificación de ciertos músicos flamencos que, como digo, estaban bien alejados del profesionalismo, siendo Juan Talega el perfecto ejemplo de ello. Cantaores que participaron en los festivales que Mairena se ocupó de promover o apoyar, así como de las grabaciones discográficas que realizó o impulsó.

Aunque Tío Mollino ya había grabado por aquel entonces un LP auspiciado por la Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar, apareció, como vemos, en esa antología *sui generis* de Tartessos, en la cual perfectamente podría haberse incluido a José el Pañero, el segundo de los homenajeados. Tanto uno como otro representan esa *otra categoría* de flamencos, herederos de un lenguaje musical fuertemente vinculados a la familia y al territorio, en los que encontramos por un lado un rico repertorio de cantes y estilos, con variantes y aportaciones personales ciertamente poco frecuentes, y, sobre todo, una verdad íntima en lo que se refiere al *decir* el cante: el flamenco no entendido como una música que se interpreta, sino como una proyección natural del ser y estar.

Ya para terminar, y al hilo de esa *verdad cantaora*, no puedo dejar de referirme a la singularidad flamenca que encontramos tanto en los cantaores del Campo de Gibraltar, como en aquellos que recalaron allí. De estéticas musicales bien distintas, tanto el Tío Mollino, como José el Pañero, protagonistas de este número de la revista *Al-Yazirat*, como el Corruco de Algeciras, El Chaqueta o Canela de San Roque, por citar unos pocos, todos ellos demostraron una personalidad y coherencia flamenca inquebrantables, valores que cotizan a la baja hoy en día.

1 Luis Soler Guevara y Ramón Soler Díaz, «Introducción a los Testimonios flamencos» en *Historia del Flamenco*, Sevilla: Tartessos, 1996.

Los dos acunan, también matan

Pedro Miguel De Tena

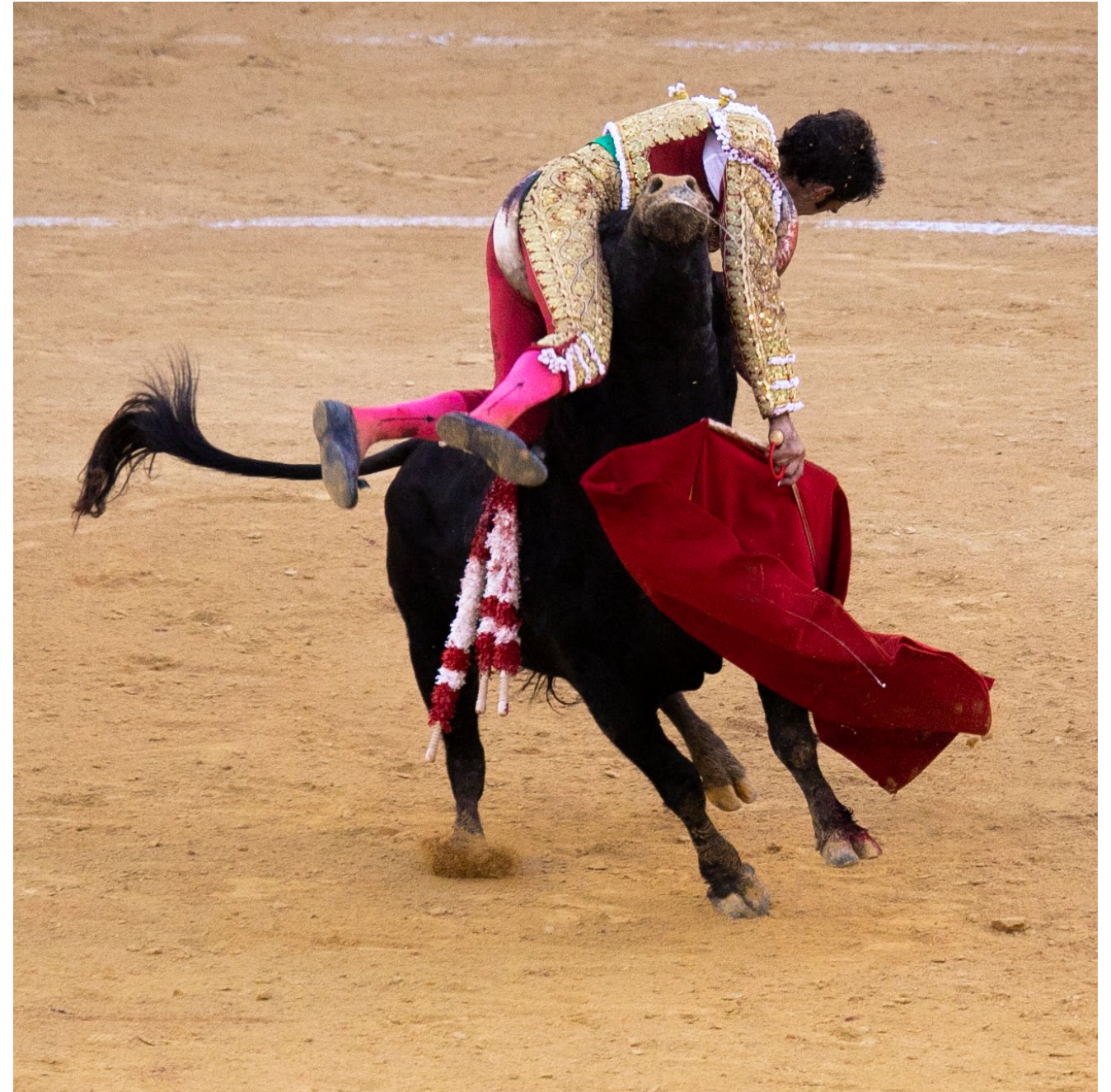


Foto: Pedro de Tena.

No hay mar ni cielo. Plúmbeo atardecer. Todo en gris. ¿Mal día?, no lo pensaba. Si los toros me fallaban, en Jerez, por la noche, encontraría mi consuelo. Bella tarde, seguro. Plaza horrible,

también. Nunca había estado en esta plaza. ¿Se puede crear arte en esta plaza?, se puede; como podría comerse bien en Inglaterra. Dicho y hecho, tarde memorable de toros.

Ir solo a los toros, igual que a cualquier otro espectáculo, me gusta. Estás pendiente de todo lo que ocurre, nada te distrae, comienzas a introducirte en un túnel que te lleva, poco a poco, a lo más hondo de lo que está aconteciendo. Es una sensación extraña, estás fuera de la función, pero al mismo tiempo, si llegas a conectar, tienes la sensación de que todo sucede en un cubículo del que tú formas parte. Solamente hay un espectáculo grandioso en el mundo al que no se puede asistir solo: una fiesta flamenca gitana. O vas porque conoces, o te llevan. Esto ha de ser así imperativamente.

Me acomodé en mi asiento. No muy bien al principio, mi vecino parecía que no era muy partidario de la fiesta, estas cosas suceden. Un par de señores que delante de mí se encontraban, me producían calma y no sabía por qué, no los conocía de nada, jamás los había visto. Al poco tiempo descubrí la razón de mi sensación: comenzaron a hablar de flamenco. Un cabotaje rápido por algunos de los palos del flamenco y de sus máximos representantes. Pequeñas pinceladas, para mí, suficientes. Me importaba poco mi vecino, algo estólido y sobre todo caliginoso, había encontrado el túnel que me introdujese en el cubículo.

Comenzó la corrida, la tarde iba subiendo de tono. El gentío cada vez más luminoso —las cervecitas y las copitas tienen cualidades luminiscentes—. Mis ojos en la corrida y mis oídos en mis vecinos, cada vez más atraído por su conversación. En esa tarde aprendí más de flamenco que en años de escucha. Me tenían loco, mis sentidos no podían abarcar tantas sensaciones y de tal calidad. En cierto momento, en pleno faenón, uno de ellos le susurró un pequeñísimo cante por soleá a su acompañante. Tuve la sensación de que la espada que el torero acababa de meter, hasta la bola, al toro, me la había metido a mí. Todo se mezclaba. Me imaginaba que en mitad del albero había tres sillas de enea, ellos dos hablando, canturreando... y yo a su lado, como un expósito que les pide clemencia por participar de su presencia; y al mismo tiempo, que la lidia se desarrollaba a mi lado, encima de mi otro vecino, y desde la misma silla veía como ese torero, a un metro de distancia, faenaba con

aquel bellissimo y noble animal. Esto debe ser el Síndrome de Stendhal, me pregunté.

En pleno mar de sensaciones, un hachazo: cogida del torero. Algarabía, alboroto, gritos... la plaza enmudeció un instante.

Qué difícil tiene que ser esto de torear. Qué miedo, sobrino. A mí me gustan más los caballos, más tranquilos, y te llevan a los sitios. - dijo el mayor.

Lo más difícil del mundo, solo bajar ahí... - contestó el otro.

El toro había encunado al torero, como una madre que entrega a su hijo a la muerte llevándolo en brazos. Lo trágico y lo bello. Lo mortal y lo inmaterial. El gozo y la muerte. Todo entremezclado. Dos espadas que te acogen, te envuelven y al mismo tiempo te matan.

Los brevísimos interludios de mis acompañantes difuminaban, poco a poco, la corrida. Llegó un momento, que estaba tan encima de ellos que:

¿Te gusta el flamenco o los toros? – me dijo el señor mayor.

Los dos, señor, pero el flamenco más – le contesté.

La tarde siguió y cada uno a lo suyo. Yo cada vez más metido en la escucha. No sé en qué momento, pero me di cuenta que ellos, cuando analizaban algo, también me miraban. Es como si quisiesen hacerme partícipe de sus gustos.

Cuando la corrida terminó, y salíamos por la puerta de la plaza, les di las gracias por haber podido disfrutar un poquito de toda su sabiduría y explosión artística. Les pedí que si aceptaban que les invitase a una copita en cualquier taberna del barrio. Mi alegría fue tan grande como mi sorpresa, aceptaron. Nos presentamos.

En el bar seguía su conversación. Yo con cara de "vaca viendo pasar el tren" —como dice un amigo mío cuando te quedas embozado—. De vez en cuando me hacían alguna preguntilla para



En casa de José Vargas. Diciembre de 2017. (Foto: Pedro de Tena).

saber por dónde iban mis gustos, poca cosa, ellos de maquinistas y yo apretando tornillos de las traviesas de las vías. No me dejaron pagar. En la puerta nos despedimos. Transcurridos un par de minutos, cada uno andando en dirección opuesta.

Sobrino, quieres venirte a casa, tenemos ahora una pequeña fiesta familiar - me dijo el señor mayor.

Debí poner cara de morón.

¡Qué sí, hombre! - Me repitieron con conmisericordia.

Seguía sin reaccionar, casi me tienen que coger de una oreja.

Al llegar al lugar parecía que la tarde comenzaba de nuevo. Era otro tipo de plaza, una fragua, pero con un exterior mucho más bello que la anterior. El fuego, a modo de albero, colocado sobre una construcción circular hecha de ladrillos. Vuelta al ruedo... Vuelta a la vida, a la creación del arte. La fragua tenía sus propios balconillos: las rejas sobre las paredes que el herrero había forjado.

Las sillas de enea, su propio tendido. Chapas de hierro recostadas sobre las paredes a modo de burladero. Sus propios trastos de lidia: yunque, macho, tajadera, espetón... Hasta su propia presidencia, un pequeño tabicón de ladrillo tras el cual había vino y unos choricitos colgados de una punta a modo de guirnalda. Todo listo para la faena.

Saludos y presentaciones. ¡Qué gente más acogedora! Directamente una copa de vino y una tapa de chorizo en la mano. No sabía dónde poner el oído: cantaos, estilos de cantes, anécdotas... De repente, como un susurro, el señor que estaba forjando, a golpe de martillo, comienza a entonar por martinets, como los clarines de la plaza, todos sentados en silencio. No llega a cantarlos. Siguen las conversaciones, ahora, como un céfiro de la bahía.

El telón negro de terciopelo se abre para descubrir el "Cante". José Pañero por soleá. Vuelta al ruedo, a la fina brisa helada del pitón que roza el pecho del torero. ¡Qué maneras! Atenuando los tercios que van entrando como el pitón en el costado del torero. Son

segundos, pero no le tienes miedo a la muerte; es más, la deseas. Cada nota, cada letra...son suspiros que te permiten seguir respirando. Te perdonan la vida, para después volverte a lacerar. Golpe en la cabeza. Paralizado el cuerpo. No hay el luego, ni el ahora, solo el siempre, el infinito. Un costado exánime que sigue sangrando. Una señora mayor me pasa un pañuelo. Desconocía mi propio llanto. Me lo alarga con dulzura, me está entregando los códigos del “Cante”. Es un librito pequeñito, al aceptarlo se convierte en enciclopédico. Cada tercio de José es un arreón del pitón derecho sobre el costado. *“Nadie cante victoria / aunque en el estribo esté...”*. Ha subido mi alma al estribo del que no quiere bajar. No quiere quedarse a pie. Siempre amanece, pero no es el día. Cómo un “ay”, suspendido en las cuerdas de una sonanta, puede ser un estilete. *“Yo iré a la Victoria...”* pa que ese santito me deje el recuerdo en la memoria.

Remata. Silencio infinito — donde se escribe la historia del “Cante”—. Abrazos, besos, risas... ¡Gemidos! Me doy cuenta que mis acompañantes recibieron, desde niños, los códigos de este “Culto” lenguaje: el llanto y el derecho al sufrimiento en el arte.

Me fui pegando a los grupitos que se formaron. ¡Qué alegría tanta magistratura sobre esta belleza músicoancestral! Desconocía tanto desconocimiento mío. Creo que no tomé ni bebí nada —*“La comía que como y el agua que bebo...”*—. Absorto en lo vivido me desplomé sobre una silla y desde allí les admiré sin compasión. Me recosté sobre el pitón de mi costado.

La llama de la fragua nos ilumina. La media luz nos predispone. Procesiones de figuraras abstractas sobre la pared vienen a buscar nuestras almas. Todo dispuesto. Todos dispuestos. Silencio. El aquelarre comienza con suaves golpes de nudillos sobre el “maero”. Es la llamada: la apostasía de lo terrenal. De repente, segundo pitonazo en mi otro costado, una siguiirya. Ignoto dolor. Tío Mollino *“me va quemando en llama viva...”*, cómo me quema.

Sus quejíos ayudan a sangrar a mi costado. La sensación de poder salir de mi cuerpo físico, abandonándolo con conmiseración por no poder sentase a la mesa de este divino arte. Sus siguiiryas nos domeñan como míseros esclavos que han nacido con un solo objetivo en la vida: la rendición. Las lágrimas son la comunicación entre los asistentes. Una sola lágrima, qué lenguaje más sutil y bello, y cuánta vida encerrada dentro, cuántas fatigas, cuántos deseos —*“...que aliviara a mi mare las que tiene en el corazón”*— En su cante siempre caben más fatigas; siempre más dolor; siempre más...Dejé de notar mi cuerpo hace tiempo, sólo el dolor en los costados. Me dejé llevar donde los sentimientos decidieran. Llamé a la puerta y me di cuenta que nunca había estado cerrada. Pasé y en medio del pasillo, como si de un ruedo se tratase, su gente construía dos sillas de enea donde ellos cantasen por SOLEÁ y SIGUIRIYA. Y me di cuenta que los dos acunan, pero también matan.

Jácaras de viejos caminos,

Obediencia de estirpe de sable,

Sales al ruedo divino

En mitad de los tientos de antes.

Piensas que las fatigas

Arrastran al hombre al cante.

Ñudo de sogas que ahoga,

Endureciendo el rostro del arte.

Rancios saberes transmiten

Orgullosos pases de baile.

Pasas por los destinos

Acariciando el don de las calles,

Dando un pase, un suspiro...

Railes que nos llevan,

Empujados a ritmo de sangre.

Algeciras y los buenos paños del cante

José María Castaño



Algeciras, Teatro Florida. En la XX Palma de Plata a Manuel Moneo. Nov. 2012 (foto J. Moya)

La Palma de Plata de la Sociedad del Cante Grande de Algeciras alcanza las 30 ediciones con el firme propósito de reconocer las aportaciones de grandes artistas flamencos, tanto históricos como actuales. A ello se suma la vocación de este galardón de contemplar y hacer justicia con determinados intérpretes que no gozaron del prestigio que hubieran merecido.

Es el caso del nuevo señalamiento ex–aequo a las figuras de Manuel Jiménez Arroyo, ‘Tío Mollino’ y de José Lérida Cortés ‘el Pañero’. En sendos casos, y yo creo que con una clara intención, se acude al campo de los no profesionales. Hay una legión de intérpretes flamencos, que sin contar con el arte como único medio de vida, han sabido granjearse los favores de la afición y ser artistas de los propios artistas.

Por las grabaciones que tenemos de Tío Mollino, emparentado con Manuel Torre, sabemos que fue un cantaor de esos que buscan doler antes que gustar. Su gemido se dirigía hacia el interior para conectar con la memoria de su gente; por encima de regalar oídos. Ahí ha quedado como una muestra de la más alta autenticidad dentro de los cantaores del Campo de Gibraltar. En cierto modo, José Lérida secundó una carrera donde la vivencia reinó por encima del agrado a los grandes públicos; ese que que invitan a muchos artistas a salirse de la vereda. El Pañero prefirió quedarse en cierta intimidad para encontrar el mejor cauce de su expresión.

Esto puede quedar muy bien, pero lo vital es saber aquello que ha trascendido de sus figuras en este siglo XXI tan líquido en sus propuestas.



Buena reunión del Pañero con Manuel Morao, Rebeco, Tío Anselmo Cruz y Moneo (foto familia Lérída)

Por parte del algecireño, Tío Mollino ha quedado dentro de su humildad como un faro de los que siguen alumbrando para toda la existencia. Quizás porque lo suyo era más contar que cantar. Y cuando la queja es sincera, se transmite de modo legítimo y cabal para ser un espejo donde reflejarse las futuras generaciones. En el otro caso, el de Tío José Lérída, nacido en Ceuta, se cuenta que si se lo hubiera propuesto habría llegado a ser un artista muy completo y con un privilegiado puesto en la liza de sus compañeros. Dotado de 'voz viril, coraje y de un ascético sentido del compás', como lo definió Anselmo González Climent, tuvo un amplio conocimiento del repertorio flamenco fetén. Sin embargo, prefirió no trascender demasiado como, seguro, hubiera podido.

Sin embargo, la historia ha sido benevolente al permitir que dos de sus hijos, Perico y José, hayan recogido su testigo para lanzarse sin remilgos a demostrar la verdad de los 'Pañeros'. Hoy día, que todo es fusión y confusión, los dos hermanos son un gran regalo para el aficionado y para el arte flamenco en general. Porque han sabido recoger el testigo y reformular sus conceptos sin perder de vista la enorme raíz de su ralea cantaora. Así como su padre, sentándose en la enea para conectar con lo más solemne

de tercios por soleá o siguiiya o, de pie, para hacer de la fiesta un júbilo del compás y de los sentidos.

Si Tío Mollino se erige en un lamento eterno, como cantado al oído, El Pañero nos ha regalado, amén de su cante, dos grandes artistas que siguen haciendo grandes las propuestas jondas de todo el Campo de Gibraltar. Y no hay mayor verdad y satisfacción que esta; la que hoy rubrica la nueva Palma de Plata. Y es que Algeciras sigue teniendo muy buenos paños del cante, de esos que no han perdido su valor en la tienda de los tiempos.



Años 80, Tío Mollino con Evaristo Heredeia y José Vargas en el Cante Grande (Foto S.C.G.A.).

Tío Mollino grabado en oro

Mónica Bellido

Aquellos que no pudieron escucharlo en vida, pueden hoy hacerlo gracias al tesón del guitarrista Andrés Rodríguez y su colega Paquito 'El Francés', que consiguieron -no sin grandes esfuerzos- convencerlo de que era necesario grabar sus cantes para la posteridad.

La posteridad ha llegado y, con ella, hoy esta Palma de Plata. Un nuevo reconocimiento a Tío Mollino, merecido no por los premios, no por las actuaciones, no por los conciertos, sino más bien por haber sido el recipiente del cante natural; de ese cante primitivo que no buscaba más fin que el alivio del alma, de las tareas del trabajo y de la dureza de los caminos de la vida.

Lo recuerdo ya viejo, con su borriquillo hasta arriba de cartones, apostado enfrente de mi casa, en el barrio de la Reconquista. El rostro enjuto y curtido por el sol, callado y meditabundo. Siempre con su gorrilla, su bastón, chaqueta y alpargatas y ese porte de tratante de ganado que ya no existe. Esa es mi estampa en la memoria de Manuel Arroyo. No iba de cantaor, porque no lo era. Cantaba como canta el jilguero, con esos versos aprendidos no se sabe cuándo, cuya letra no hace falta entender y esa forma de expresar que no se aprende en ninguna escuela de cante. Era un eslabón en la cadena de transmisión de un sentir flamenco y andaluz que sabía básicamente cómo domar las penas y desmadejarlas y colocarlas en ese espacio entre el estómago, el pecho y la garganta que engancha con lo más hondo del ser humano,

para brotar hecho cante. Nada más... y nada menos.

La transmisión oral en tiempos en los que no existían videoclips, ni móviles, ni promociones, ni wi-fi era oro puro. Andrés Rodríguez lo sabía y se dio cuenta de que, o bien conseguía que grabara en aquel preciso instante, o ese oro se perdería para siempre. Fui testigo de su inquietud y de su logro. Hoy todos podemos disfrutar (con el toque del propio Andrés) de este legado sonoro gracias a su empeño y a la serie de recopilatorios 'Así canta el Campo de Gibraltar' en la que Mancomunidad de Municipios recogió las voces de algunos de los más destacados cantaores del momento en la comarca. Entre ellos, la suya.

Tío Mollino también fue homenajeado en vida, cuando se llevaba aquello de los festivales para apoyar o reconocer la trayectoria de los artistas de la tierra. Corrían los años ochenta (5 de diciembre del 89, para más señas) y el Teatro Florida, aún sin remodelar, con su pendiente escénica y sus listones de madera por tablao, acogió su homenaje por el que desfilaron numerosos artistas. Entre ellos el maestro Fosforito, Flores el Gaditano, Capullo de Jerez, El Boína y un largo etcétera, entre ellos una servidora, en plena etapa de esplendor del cuadro Soleá, como queda detalladamente recogido en 'Flamencos del Campo de Gibraltar', de Luis Soler Guevara. Fue un evento que hoy recuerdo lleno de ese sabor flamenco cada vez más difícil de encontrar



Tío Mollino en su homenaje, con Mónica Bellido, en el Teatro Florida 5 Dic. 1989.
(Foto cedida por M. Bellido).

y un acto lleno de cariño hacia su figura.

Dicen que la tecnología es un demonio que rompe la comunicación entre los seres humanos. Pero, no siempre es así. Si quieren comunicar con la voz ancestral de Tío Mollino, pueden hacerlo en esta posteridad en la que aún resuenan sus ecos como un regalo, como un legado de vida, de experiencia y verdad. Como un río de saber que fluye a través de aquellas voces que no sonaban para complacer al público, sino más bien para calmar su sed de vida. Un cante que no espera el aplauso, sino el

alivio del suspiro encarcelado. Tío Mollino, allí estás siempre en esos bajos de la Reconquista y te veo en mi memoria cada vez que paso por mi antigua puerta, con tu borriquillo, tu bastón y tu chaqueta rumiando en silencio tus cantes, para los adentros:

“Con qué dobles fatigas
le he pedío a Dios
que me aliviara
las grandes duquelas
a mi corazón”.

El Mollino y El Pañero, en el cuarto de los cabales

Juan José Téllez



Vieja foto del Pañero con Curro Malena, Chirovao y Matías el joyero (foto familia Lérica)

A ambos les unía el flamenco morabita de la fiesta familiar, el cuarto de los cabales, el arte como reducto y no como exhibición, como don y no como regalo. No obstante, treinta años de diferencia mediaban, aproximadamente, entre el nacimiento de Manuel Arroyo Jiménez “Tío Mollino” y José Lérica “El Pañero”; el primero, nacido en 1913 –con la guerra del Rif al otro lado del charco-- y el segundo, en 1942 –en plena Segunda Guerra Mundial, ahí es nada--.

Les juntó, eso sí, Algeciras, donde nació Tío Mollino –poco después de la Conferencia donde las grandes potencias se repartieron una parte del mundo que habría de temblar bajo el impacto de la I Guerra Mundial-- y en donde recaló El Pañero con apenas once años, cuando ya estaba Franco –ustedes distraigan-- firmando acuerdos con los americanos y con la Santa Sede. Había otro albur que les unía, su condición esencial, primaria, sin aditivos: aunque sus perfiles sociales y laborales



El Pañero y su cuñado Antonio Fernández, muy jóvenes, con Antonio el Pescailla y Lola Flores en Buenos Aires (Argentina) (foto familia Lérda)

fueran distintos, uno y otro respondían al arquetipo del Buen Salvaje, de Jean Jacques Rousseau, que sigue despertando gran afición entre los primitivistas del jondo, pero que nos habla de un tiempo sin tiempo en donde el arte seguía formando parte de la intimidad y no del espectáculo.

Hay otro distingo, el de la herencia: la del Pañero se concentró en su casa, como cabeza de puente de una estirpe felizmente cantaora, que está encontrando eco sobrado entre la afición y los canónicos. En cambio, el legado de Tío Mollino está repartido de puertas para afuera entre aquellos –Camarón figura en esa nómina-- que pudieron oír su voz ancestral que, a finales de los 80, quedó impresionada en un célebre y único disco, con la guitarra cómplice de Andrés Rodríguez.

Luis Soler Guevara, en las páginas de la revista Almoraima, dio cuenta de como se grabó aquel

disco heroico que abrió aquella irreplicable colección de vinilos campogibaltareños que auspiciara la Mancomunidad de Municipios: 200 escalones arriba, en un décimo piso, el estudio abría sus puertas al cantaor y al tocaor en cabinas distintas y era la sonanta quien buscaba la voz suburbial para escoltarla y que no se perdiese entre aquel laberinto de modernidades tecnológicas. Lo cierto es que Tío Mollino había crecido en el cante a capela por tonás o por saetas o con el ligerísimo acompañamiento rítmico de los martinetes. No fue la única grabación suya, afortunadamente: hay otra, temprana, del año 1972, con la guitarra de Antonio Perea. Y como la primera tirada de su único álbum había sido escueta –uno de esos discos “publinéditos” que diría Fernando Quiñones--, con motivo del XXIX Congreso de Arte Flamenco celebrado en Algeciras en 2001, la organización lo reeditó en formato CD, que se distribuyó entre los participantes y poco más. Sigue siendo, pues, un objeto de culto.



Manuel Mollino (foto José Luis Roca)

Manuel, a sus 76 años, subió a pie en dos ocasiones aquel Monte Calvario. No quería que le ocurriera como otras veces, que se montara en la máquina y esta se detuviese, perdiendo así toda la mañana. El tenía mucho que hacer, en su oficio tribal de correar de bestias, como declaró una vez ante las cámaras de Televisión Española. En el colofón de su vida, frecuentaba –como había hecho siempre– el mercado de abastos o rumbeaba hasta la barra de aluminio del bar Centenario hasta desembocar de nuevo en su casa de la barriada de La Reconquista, donde –semianalfabeto pero sabio– había colocado una maceta con geranios en el alfeizar para reconocer su portal y su piso sin necesidad de números.

Su linaje familiar le emparenta con la primera división cantaora del siglo XX: Manuel Torre, de Jerez pero con ecos barreños y Corruco de Algeciras, aunque naciera en La Línea. Cuando le conocí, era una leyenda: la del buhonero que

comerciaba con yeguas, mulas y caballos, la del cantaor de cuartito que entonaba un estilo mestizo pero propio por una paleta de estilos básicos donde mandaban la soleá, las siguiiriyas, bulerías, tonás y fandangos. ¿Era original en su interpretación de los viejos palos? Probablemente, no, porque quienes profundizaron en su obra le atribuyen sombras de Manuel Torre, Perico Montoya, El Chato Méndez, Pastora Pavón o Macandé, a quien llegó a conocer como también tratara de joven a Rafael El Tuerto, en cuyo homenaje algecireño participaría, como también lo hizo en el que se tributó a su propio hermano, Roque Arroyo, en el teatro de la Escuela de Maestría Industrial de la calle Agustín Bálsamo, o el que se le dispensa a Romerito, en 1980.

Él tuvo su propia celebración: en 1984 y en 1989, la Sociedad del Cante Grande reconocería su valor de ley, que ahora queda confirmado plenamente con la Palma de Plata, compartida



Marzo 2005. En el Cante Grande. Quino, Canela, Evaristo y el Pañero. ¡Que gente más buena! (Foto Foti)

con el recientemente desaparecido José Lérída, El Pañero. Entonces como ahora, de la mano experta de Evaristo Heredia, José Vargas y Luis Soler –“viejo trovador de estirpe”, le llamó--, pero también con la presencia de artistas como Fosforito, Canela de San Roque o Flores El Gaditano.

Tío Mollino nació en el popular Callejón de Jesús, en el barrio de San Isidro de Algeciras, que es el que todavía mantiene a duras penas aquel viejo aroma de patio y de corrala, de olor a puchero compartido y a cigarrá de madrugada.

En su juventud, cuando tan sólo se le conocía como El Mollino, figuró en algún cartel compartido en donde hizo valer su impronta más o menos próximas al cante de Santiago, pero también de Cádiz y los Puertos, pero no fue amigo del espectáculo sino que, por las razones que fuese, no frecuentó tanto los escenarios como los bares –también los prostibularios de

la antigua calle Munición, donde se celebraban los tratos del campo y de la mar, en las míticas juergas de la época: durante la posguerra civil, Algeciras y La Línea supusieron una suerte de oasis en una España devastada por la muerte y la pobreza.

Cuando José Lérída Cortés “El Pañero” llegó a Algeciras hacia 1953, ya empezaban a espantarse las postbélicas hambres como llamaría a dicha época Fernando Quiñones, quien también inventó el término de “Los textiles” para esa dinastía flamenca de esta comarca, que incluye a los Chaqueta, a Chaquetón o al Chaleco. Al Pañero le vendría pintiparada esa clasificación, pero su estirpe es sevillana y él vivió de niño en el barrio de San Román, donde se avecindaron sus padres, José Lérída Cruz, de la torerísima Camas cruzando por Triana, y la algecireña María Cortés Cortés. Hasta Algeciras, con tan sólo once años, vino de la mano de sus progenitores, que ya se

dedicaban a la venta de telas, de ahí el apodo. En aquel momento, aún no se había producido la independencia de Marruecos ni el cierre de la Verja con Gibraltar, y había un cierto fluir transfronterizo, de comerciantes, exportadores de pescado, armadores, soldadesca y funcionarios. De hecho, él había nacido en Ceuta, a 11 de julio de 1942, aunque su primera infancia fuese sevillana.

Era, aquella encrucijada, un buen caldo de cultivo para los negocios. Y la calle Río, donde había nacido el filósofo Adolfo Sánchez Vázquez, era el epicentro gitano de la ciudad. Allí, contraería domicilio su familia y, allí también, durante años, regentaría el bazar Canarias, que ya no sólo se nutría de telas sino, también, de lo que en otro tiempo se llamó artículos de decomiso. José Lérída Cortés, que entregó la cuchara hace unos meses, el domingo 12 de diciembre de 2021, en el Hospital Punta Europa de Algeciras, deja en los escenarios un pedigrí flamenco envidiable, el de sus hijos José, Perico y María, concebidos a partir de su matrimonio con Elena López. Es ahí donde también entronca con Manuel Arroyo “Tío Mollino”, en el gusto por un cante ancestral, fuera de la mixtificación del comercio y que bebe en Manuel y en Tomás Torre, en los Pavón, en Mojama, Talega o en Rafael El Tuerto, pasando naturalmente por el enciclopedismo de Antonio Mairena. Sin embargo, a pesar de mantener intacta su ortodoxia cordial, tampoco desdeñó seguir los primeros pasos de Pepe y de Paco de Lucía, bien en sus escarceos por la banda del río o en su casa de las calles San Francisco o Barcelona.

Su código genético alcanza hasta los Cagancho –según reveló en su día Luis Soler--, pero por vía materna emparenta con sus abuelos, el no menos legendario Bartolomé Cortés “Bartolera” y Ana Cortés “La Pichanta”, que,

según cuentan, había asombrado de joven a Enrique El Mellizo.

Aunque le conocí, no llegué a tratarle ni a oírle cantar ni pude verle dar su mucho más que patadita al baile. Quienes lo hicieron –el heterodoxo Darío Jurado, el sabio Pepe Vargas o el riguroso Ramón Soler, que lo ha expresado por escrito diáfamanamente--, me hablan de su jondura por soleares, por seguriyas de acento familiar y por tientos –los de El Tuerto, por ejemplo--, pero a su decir era un cantaor largo que se arrancaba con elegancia por tangos, por bulerías –donde como Pastora, las de Utrera o La Paquera, incorporaba el caudal familiar de la copla--, cantiñas, malagueñas, fandangos de Huelva, tonás o saetas.

Nunca puso su voz en el escaparate: ya tenía bastante con los paños y los radiocassettes. Fue un maestro y un predictor, sobre todo con sus hijos. Ramón Soler cuenta que dejó grabado tres cantes en Argentina, adonde viajó por negocios y en donde se juntó con Curro Terremoto y Esteban de Sanlúcar. Al parecer, impresionó unas seguriyas, unas soleares y bulerías por soleá, pero jamás quiso difundir dicho registro, otro objeto de culto que probablemente no será nunca del común de los mortales.

A pesar de la diferencia de edad entre ambos, El Pañero frecuentó la amistad de El Mollino, en ese trajín de compra y venta en un mapa flamenco que también llevaba a la carnicería de Tío Evaristo Heredia. A José Lérída le atrapaba el cante de Manuel Arroyo y de su hermano Roque. Quienes les frecuentaron, pregonan el puente de sabiduría jonda que tendieron entre uno y otro. De ahí que juntarles en una Palma de Plata no sea un acto caprichoso sino de absoluta justicia. Uno de esos aciertos indiscutibles que atribuir a la Sociedad del Cante Grande. Y nunca mejor dicho.

Oro Molío

Carlos Vargas

Que maravilloso es el amor y si es un amor verdadero, como el flamenco, entonces es imposible no sentir. Ese amor hacia nuestro arte es lo que hace que el legado que dejan Tío Mollino y Tío Pañero en los ecos flamencos de una tierra como Algeciras nunca se va a olvidar.

Gitanos cabales, irreductibles en su forma de entender el cante gitano andaluz, buenas gentes pero rancios y sobre todas las cosas verdaderos guardianes de la pureza, hoy en día tan denostada por tantos y tantos nuevos oradores de la "ojana". Podemos y debemos decir que tanto José como Manuel son dos pilares básicos en el mundo flamenco del Campo de Gibraltar.

Manuel Torre, Corruco de Algeciras, los Caganchos son algunas de las raíces e influencias en el cante de estos dos gitanos que nunca fueron artistas porque concibieron y



Manuel Mollino con Andrés (foto JL Roca)

entendieron que el flamenco no debía salir del cuarto; porque una vez que sale, esa pureza se va diluyendo y transformando en un flamenco carente de "jondura" y de sentimiento, es por eso que en este mundo plástico los catalogáramos como gitanos raros, cuando en realidad lo que estaban preservando eran las raíces y los "soníos negros". Del flamenco siempre se ha dicho que es de grandes minorías y benditas minorías que veneraron a José y Manuel, minorías que supieron entender que había que pasar por Algeciras y no por "you tube" para sentir el aroma que desprendían sus cantes primitivos llenos de personalidad.

En el mundo del flamenco ha habido grandes avances tecnológicos por decirlo de alguna manera, pero también ha habido una pérdida de valores morales que han producido daños terribles a la naturaleza del mismo, algunos de ellos irreparables; vemos día tras día como golpean hasta la incongruencia nuestro patrimonio inmaterial de la humanidad, por eso tenemos que sentirnos orgullosos que dos cabales de nuestra tierra hayan preservado los verdaderos valores del flamenco con sus formas de vivir y que nos hayan enseñado a no doblar las rodillas en un mundo donde todo se compra y se vende.

Tío Mollino a ti te doy las gracias cuando siendo un niño me dijiste "siéntate a mi lao cojoncito" antes de ponerte a cantar por seguiriyas en el bar Centenario a unos cuantos aficionados que estaban en el mostrador, yo sin saberlo puede que haya vivido uno de los momentos más puros de mi vida.

Tío Pañero nunca olvidaré cuando me explicaste la diferencia entre compás y ritmo o aquellas palabras para decirme de donde venía tu cante y tu baile tan personal, legado que has dejado en tus tres hijos, María, Perico y José.

Y me pregunto yo: ¿Por qué han venido tantos aficionados en el transcurso de los años a Algeciras buscando vuestros cantes?; pues porque cuando el oro es fino no pierde su brillo ni lo perderá.



El Pañero en homenaje a Evaristo. ¿Quién habló de baile? (Foto Foti)

Sábado 19 de noviembre de 2022 · Teatro Florida, 21:00 horas

XXX PALMA DE PLATA

“Ciudad de Algeciras”

Homenaje a
Tío Mollino
y José El Pañero

Cante

Perico El Pañero

José El Pañero

Luis de Mateo

Baile

Fernando Jiménez

Remache de Málaga

Rhina

Guitarra

Manuel Jero

José de Pura

José Manuel León

Palmas

Javi Peña

Juan Diego Valencia

Pregón Flamenco: Alejandro Domínguez

Presenta: Manuel Martín Martín

Al-Yazirat

Ejemplares Publicados: del 0 al 26



www.algeciras.es/cultura

